11414

Un dia de reinado

A. García

15

HISTORIA
TICA Y DIPLOMATICA
desde la independencia
Estados Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)

POR

N JERÓNIMO BECKER

---

ra, que acaba de ponerse á la venta, n amplio y fiel extracto los principales examina con imparcialidad la historia eñala sus defectos y expone con minualles lo referente á las relaciones exte- España, siendo, por tanto, de gran inteonocer de un modo exacto el aspecto co de la cuestión cubana.

o en 4.°, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

AJESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

---

edición, corregida y aprobada por la ndias del Tribunal Supremo de Justicia, robación de la Regencia provisional del

tomos en folio, 50 pesetas.

LIÓFILOS ESPAÑOLES

ón completa de todos los tomos publiesta sociedad, de que se hallan la maagotados.

iblicados 38 tomos en 4.°—Precio, 900

ón hay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.° en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.° mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APENDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.° de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.

UN DIA DE REINADO.

ZARZUELA EN TRES ACTOS

TRADUCIDA Y ARREGLADA DE LA ÓPERA-CÓMICA FRANCESA

DE MM. SCRIBE ET DE ST.-GEORGES,

POR

D. A. García Gutierrez y D. L. Olona.

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL CIRCO

en febrero de 1851.

MADRID.
Imprenta de la calle de San Vicente, á cargo de José Rodriguez,
1851.

PERSONAJES.	ACTORES.
TRUMBELL.....	D. VICENTE CALTAÑAZOR.
EL CONDE DE ELVAS.....	D. FRANCISCO CALVET.
MARCELO.....	D. FRANCISCO FUENTES.
RUFINA, modista.....	DOÑA ELADIA APARICIO.
LADY PEKINBROOK.....	DOÑA MARIA SORIANO.
SIMONA, sobrina de Trumbell.	DOÑA..... BORJA
EL SHERIF DEL CONDADO.	D. ..... CABALLERO.

Caballeros de Brigton.—Aventureros.—Soldados puritanos.—Marineros.—Señoras de Brigton.—Modistas.

LA ACCION EN

El primer acto en Calais.—El segundo y tercero en Brigton.

Esta zarzuela es propiedad absoluta de sus traductores, y perseguirán ante la ley al que la reimprima ó represente sin su consentimiento. Los corresponsales de la Galeria Matritense, titulada EL TEATRO, *son los encargados exclusivos de su venta y administracion en los teatros de España y Ultramar.*

ACTO PRIMERO.

Plaza con algunas tiendas, entre las que se distinguen un almacen de modas, á la izquierda, y una taberna en el lado opuesto. Al fondo muelle con algun buque atracado y otros á lo lejos.

ESCENA PRIMERA.

AVENTUREROS: *luego* MODISTAS, TENDERAS, *etc.*

AVENTUR.

De Cárlos ondeando
la inquieta bandera,
ya brilla asombrando
la opuesta ribera.
Bravos guerreros
aventureros!
la voz del parche
llamando está.
Arda la guerra;
que la Inglaterra
nuestra soldada
nos pagará.
Tá, tá, tá.
(*Haciendo resonar sus bolsillos, que traerán repeto!*

612428

de dinero. En este momento empiezan á asomarse á la puerta las modistas, etc.)

MUGERES. Qué estruendo es ese, amigos?
Qué bacanal!
Son reclutas de Cárlos,
que ya se van.

AVENTUR. Nos favorece el viento
para marchar!
Claro está el firmamento,
tranquilo el mar.

MUGERES. Pues ya mi aventurero
se lanza al mar,
Ay, por lo menos, quiero
verle marchar.

AVENTUREROS.

Bravos guerreros
aventureros;
la voz del parche
llamando está.
Arda la guerra,
que la Inglaterra
nuestra soldada
nos pagará...
Tá, tá, tá.
(*Sonando las bolsas.*)

MUGERES.

Como recuerdo
del bien que pierdo,
ninguna prenda
me quedará?
Si á extraña tierra
parte á la guerra,
abandonada
me dejará?
Dá, dá, dá.
(*Alargando las manos.*)

(*Vánse por el fondo izquierdo.*)

ESCENA II.

EL CONDE *y* RUFINA.

CONDE. No me habeis dicho que es en la plaza?

RUFINA. Sí señor.

CONDE. Ya estamos en ella.

RUFINA. Ah, caballero! no sé cómo podré pagaros!..... Yo que soy forastera, que no conozco á nadie en esta tierra, llego á ella con el temor natural de mi edad y de mi sexo...

CONDE. Es posible! No habeis estado nunca en Calais?

RUFINA. Acabo de apearme de la diligencia, y á la verdad, caballero, no sé qué he hecho yo para merecer vuestras atenciones.

CONDE. Sois en extremo modesta. Otro cualquiera os diria que era suficiente veros un instante para quedar prendado de esa belleza; pero yo que soy marino, y como tal franco y sin doblez, os confieso que lo que llamó mi atencion en el patio de la casa de postas fué vuestro nombre. Al oir llamar entre los viajeros á la señorita Rufina Camusat, volví mis ojos al carruaje, y ví salir por la portezuela un lindo pié...

RUFINA. Caballero!

CONDE. Y este lindo pié pertenecia á una graciosa criatura, que con aire tímido y modesto preguntaba á los habitantes de Calais: «Pudiérais indicarme donde vive madama Benjamin, la modista?» Al oir esto, me acerqué, os ofrecí mi brazo, aceptásteis, y solo me resta daros gracias por vuestra amabilidad. Hemos llegado al almacen de madama Benjamin. (*Señalando á la tienda de la modista.*)

RUFINA. En efecto: ese debe ser.—Vengo á ocupar en su casa un puesto elevado... en el ramo. Costurera en gefe. Rufina Camusat...

CONDE. Ya sé...

RUFINA. Modista! He hecho mis estudios en Paris y Ruen.

CONDE. Oh! en ese caso no dudo que hareis buen negocio en Calais.

RUFINA. Pero el almacen está cerrado! Es extraño! Voy á llamar...

CONDE. Yo os ahorraré ese trabajo. (*Llama.*)

RUFINA. No responden! Cosa mas singular! Si pudiéramos informarnos de algun vecino ó de alguna vecina; esto es lo mas seguro.—Ah! perdonad! (*Dirigiéndose á Simona, que atraviesa el teatro.*)

ESCENA III.

DICHOS *y* SIMONA.

SIMONA. (Parecen extranjeros!) Buscais á madama Benjamin? Ya! Este caballero querrá mandar hacer algun vestido para la señora! Muy bien! Asi debian ser todos los maridos.

RUFINA. ¿Qué estais diciendo? Este caballero no es mi marido.

SIMONA. No estais casados todavia? ya! entonces con mayor razon...

RUFINA. No es eso, señorita! Estais haciendo unos almanaques!... Yo soy Rufina Camusat, costurera en gefe del establecimiento.

SIMONA. Ay! es verdad! Y que os esperan con una impaciencia!... Ya vereis cómo os reciben!

RUFINA. Trazas tienen de ello!

SIMONA. Lo decis porque está cerrada la puerta?—Habeis de saber que madama Benjamin sale muy temprano á tomar sus medidas.—Y lo que dá que decir la buena señora con sus dichosas medidas!

RUFINA. Eh?

SIMONA. Las muchachas estaban solas, cuando han pasado por la plaza una multitud de aventureros, que van á Inglaterra enganchados por el pretendiente. Las modistas son amigas de la tropa...

RUFINA. Hay de todo.

SIMONA. No diré que no: las de por acá tienen monopolizado ese ramo. Pues los tales reclutas acaban de tomar su paga de marcha, y como las modistas... de Calais tienen aun mas amor al dinero que á la tropa...

RUFINA. (Nos conoce esta lagarta.)

SIMONA. Se han marchado tras del uno y de la otra.

RUFINA. Ah, caballero! No vayais á formar del gremio una opinion equivocada! En Ruen, en Paris, la modista es la personificacion del desinterés y de la modestia.

CONDE. Lo creo.

SIMONA. Qué diferencia!—Pero ahora que me acuerdo! Perdonad: tengo que hacer.

RUFINA. (Adios, gracias!)

SIMONA. Puesto que hemos de ser vecinas, justo es que os ofrezca... Ahí me teneis en la *Pinta de Oro*, adonde acude la mejor sociedad de Calais: marineros y soldados. No me atrevo á deciros que entreis...

RUFINA. Sois muy amable.

SIMONA. Tengo el honor... (No es fea la picaruela! y él... parecen extranjeros. Han llegado juntos... Yo averiguaré lo que sea. (*Entra en la taberna.*)

ESCENA IV.

El Conde. Rufina.

Rufina. No podeis figuraros el disgusto que me causa tener que vivir tan cerca de esa habladora. Apenas puedo comprender cómo hay personas que hablan con el primero que llega de sus negocios y de los agenos.

Conde. Teneis razon.

Rufina. Y si la he de creer, Dios sabe cuando volverán esas desventuradas. Os juro, caballero, que me da esto mala espina. Cuando una tiene principios... de moral...

Conde. Y vais á permanecer aqui, de pie?...

Rufina. Será preciso: en cuanto á vos, no me atrevo á abusar por mas tiempo de vuestra condescendencia.

Conde. Por qué? A menos que mi felicidad no escite la envidia ó los celos de alguna persona querida...

Rufina. Nada de eso, señor mio: no tengo que dar á nadie cuenta de mis operaciones. Soy libre... ó poco menos.

Conde. Poco menos?

Rufina. Sí señor, mi historia es singularísima. Yo no he conocido á mis padres, por cuya razon mis compañeras de Ruen, dieron en decir que era bastarda. Calumnia, caballero, pura calumnia! Soy huérfana. Pero las mugeres son envidiosas, y como yo tenia muchos adoradores... puedo decirlo sin vanidad!...

Conde. Eso se comprende fácilmente.

Rufina. Pero al mismo tiempo... Creo que os lo he dicho ya: tengo principios...

Conde. De moral.

Rufina. Y por lo tanto, he rehusado cuantas proposiciones se me han hecho.

Conde. Y tambien las de casamiento?

Rufina. Tambien: y no por que yo sea insensible ni orgullosa: si no por cálculo. El hombre á quien amaba... ó á quien hubiera amado, era tan pobre como yo.

Conde. Comprendo.

Rufina. Yo soy ambiciosa, y tengo aspiraciones nobles y elevadas: esta noche pasada, sin ir mas lejos, he soñado que era duquesa, millonaria... qué sé yo? Y todo por él, ca-

ballero; todo por él: por que habeis de saber que uno y otro nos hemos prometido aspirar á mejor suerte para dividirla entre los dos, y yo tengo la costumbre de cumplir todas mis promesas.

CONDE. Me contais cosas increibles.

RUFINA. Por este tiempo, acertó á llegar á mi taller una señora extranjera: la duquesa de Salisburi.

CONDE. De Salisburi?

RUFINA. La conoceis?

CONDE. Muy poco.

RUFINA. Esta señora, prendada de mi buen gusto y de mi habilidad, me propuso partir con ella á Holanda. Yo acepté desde luego, esperando por este medio realizar mis sueños dorados. Yo me prometia ser colocada en un puesto elevado, pero qué desengaño!

CONDE. Os nombraria su camarera...

RUFINA. Ni aun eso, caballero: doncella de labor. Ademas de esto, la señora era un tanto cuanto extravagante y melindrosa. Todo alli era secretos, misterios.—Amantes? Ni uno para un remedio: la señora no los gastaba. Solo arribaban por su casa unos señorones ingleses, muy viejos, muy tiesos y muy encopetados. Asi es que una nunca sabia nada, y por consiguiente no tenia de que hablar.

CONDE. En ese caso, os debia pagar de justicia doble salario.

RUFINA. Sí, sí! Pero lo mas desagradable de todo, es que la señora habia prohibido que los de su casa escribieran á nadie, y mas tarde supe que habia interceptado mis cartas.

CONDE. Sin duda para estar mas segura de vuestra reserva.

RUFINA. Probablemente.—Pero yo, que tenia, como os he dicho, un compromiso,... ya veis! Qué habrá pensado de mí? Esto es horrible! Por esta razon no quise permanece por mas tiempo en semejante casa, y dije resueltamente á la duquesa que deseaba volver á Francia. Aqui entra lo mas extraordinario! La señora me dijo; «vete á Calais; »diríjete á madama Benjamin, á quien escribo para que »te coloque en su casa ventajosamente. Allí esperarás á »que se presente un caballero en quien puedes deposi»tar toda tu confianza: le reconocerás por este florin »de Holanda partido en dos mitades, una de las cuales »te será presentada por él.» No os parece todo esto ma-

ravilloso, inverosímil?

CONDE. Por qué.

RUFINA. Yo no espero que el tal caballero se presente.

CONDE. Incrédula! Es esta la otra mitad del florin?

RUFINA. Ah! La otra mitad! Qué quiere decir esto?

CONDE. Que la vecina Simona, tendrá enfrente de su casa una linda jóven que habla con una facilidad y un encanto inexplicables.

RUFINA. Ah! con que sois vos el que...?

CONDE. Afortunadamente: porque todo eso que me habeis dicho podiais habérselo contado á algun otro que no lo supiera como yo. Esto no volverá á suceder: asi lo espero. Ahora bien, ya comprendereis que tenemos que hablar... (*Las modistas atraviesan el teatro y abren en el almacen entrando en él.*)

RUFINA. Y no veis que están abriendo el taller?

CONDE. No quiero de ningun modo impediros que os presenteis á madama Benjamin; pero antes me atreveré á pediros una cita...

RUFINA. Ah! (*Bajando los ojos.*)

CONDE. A qué hora?

RUFINA. Despues del almuerzo: á las dos.

CONDE. Vendré con la mayor puntualidad. (*Saludándola respetuosamente.*)

RUFINA. (En qué parará esto?) Soy vuestra servidora. (A no ser que... Todo es posible!) (*Entra en el almacen.*)

ESCENA V.

EL CONDE *solo.*

CONDE. Jóven, bonita, graciosa... Excelentes cualidades. Ademas, ambiciosa y enamorada. Esto es justamente lo que necesitábamos. Con dificultad podria hallarse otra mas adecuada. Falta ahora saber... (*Mirando al foro izquierda.*) Pero quién viene? Ah! Son marineros. Cedámosles el puesto, y vamos á disponer con mi gente todo lo necesario. (*Vase.*)

ESCENA VI.

MARCELO *y* MARINEROS.

CORO DE MARINEROS.

MARINER. Buscando alivio contra la guerra
del mar voluble, ceñudo ayer,
el marinero sobre la tierra
alegre corre tras del placer.
Mañana acaso, nuevos afanes
con ira en torno le acosarán,
y resoplando los huracanes
su nave frágil devorarán.

MARCELO. De esa vida los azares
con vosotros partiré:
á la furia de los mares
me arrojo otra vez.

MARINER. Viva! viva!

MARCELO. Quiera el cielo
que mi tumba llegue á ser.

MARINER. Qué te pasa buen Marcelo?

MARCELO. Callad y lo diré.
Una muchacha
linda y traviesa
me tiene presa
la voluntad.
Pero inconstante!
Pero tirana!
prende tirana
mi voluntad.

MARINER. Solo eso gana,
quien llega á dar
en los bajos de ese mar.

MARCELO. No cambia el aire
ni el mar se altera
con tan lijera
facilidad.
Hoy rigorosa,
tierna mañana,
juega liviana

con mi ansiedad.

MARINER. Solo eso gana, etc.

MARCELO. Ea! Adelante!
No sufro mas!
ya estoy cansado
de suspirar.

TODOS. Ya caprichosas
y ya importunas
feas y hermosas
todas son unas.
Su nave entrega
siempre al azar,
el que navega
por ese mar.

MARCELO. Ahora bien, idos á beber; yo no puedo acompañaros. Cuando uno tiene el corazon asi... en anarquia, ni se tiene sed, ni hambre, ni sueño.

MARINER. Pobre Marcelo! (*Entran en la tarberna.*)

ESCENA VII.

MARCELO *solo.*

MARCELO. Sí: es preciso acabar de una vez! Qué logra un hombre con suspirar? Y por quién? Por una bellaca! Nada, Marcelo! Acuérdate de que has navegado seis años en la armada real, y no te dejes llevar á remolque de esa pasion estúpida!—Sin embargo, no puedo arrojarla de aqui: voto á San Telmo! y á pesar de su ingratitud y mis brabatas, si volviera á verla...

ESCENA VIII.

MARCELO. SIMONA.

SIMONA. Qué es lo que me acaban de contar, señor Marcelo? Qué significa esto? Es verdad lo que me han dicho esos marineros?

MARCELO. Qué os han dicho, señora Simona.

SIMONA. Que os vais á enganchar de nuevo en la marina de guerra?

MARCELO. Os han dicho la verdad.

SIMONA. Cómo! Quereis ir á batiros? Y si os matan?

MARCELO. Tanto mejor: ya no sirvo para otra cosa.

SIMONA. Quién os ha dicho eso? (*Con dulzura.*)

MARCELO. Sí, sí! Yo me conozco: y ademas, nada tengo ya que hacer en tierra: á bordo ya es otra cosa; pero aqui no me encuentro á mi gusto, la verdad. Solamente una persona...

SIMONA. Eh! Qué persona es esa?

MARCELO. Una muy linda, á quien he conocido...

SIMONA. Aqui?

MARCELO No: en Ruen, adonde iba yo todos los meses cuando navegaba en la marina mercante.

SIMONA. Y la amábais?

MARCELO. Mucho: con un cariño... macizo.

SIMONA. Y ella?

MARCELO. Es una casquivana! Una coqueta!

SIMONA. No os amaba?

MARCELO. Sí tal; ó al menos asi me lo decia; pero cuando yo la hablaba de mi amor, mil veces noté que ni aun me escuchaba y que sus miradas se dirigian á algun elegante carruaje ó al escaparate de algun diamantista.

SIMONA. Bribona!

MARCELO. Y eso es lo de menos.

SIMONA. Hubo mas?

MARCELO. Un dia llegamos á Ruen desde Burdeos, en el bergantin Emilio, con nn cargamento de vino de Medoc. Apenas desembarqué, corrí desatinado á su taller: me acerqué á la vidriera donde ella acostumbraba á colocarse, más para ver á los que pasaban que para trabajar, y... Simona, compadecedme! La pérfida, la infame, la... no estaba allí! Se habia marchado!

SIMONA. Ah! Si hay mugeres...

MARCELO. Habia partido para Holanda, segun me contaron.

SIMONA. Qué picardia! (*Sin enojo.*)

MARCELO. Con algun seductor, sin duda.

SIMONA. Qué infamia!

MARCELO. Desde entonces no he recibido ni una carta suya. Me ha olvidado.

SIMONA. Tanto mejor: una mugercilla como esa no era digna de

vuestro cariño, y eso es lo mejor que os podia suceder con ella.

MARCELO. Es verdad.

SIMONA. Pero ese no es un motivo para desesperarse y volver de nuevo á esa vida aventurera. Lo que necesitais es reposo.

MARCELO. No digo que no: si yo encontrára...

SIMONA. Y quien os dice que no encontrareis?—Tomad, señor Marcelo, leed esa carta, y ella os dirá mas que cuanto yo pueda esplicaros.

MARCELO. Una carta?

SIMONA. Del señor Trumbell, un tio que tengo allá en Inglaterra: un *cabeza redonda* de los mas terribles, allá en los tiempos de Cromwell: pero ahora es un ciudadano honrado y pacífico, y tiene una acreditada taberna en Brigton. Leed, leed lo que me escribe: es una carta muy curiosa, y os sorprenderá sin duda.
(*Cuando Marcelo abre la carta, ve á Rufina que se asoma á su puerta.*)

RUFINA. (El aquí!)

MARCELO. Ah!

SIMONA. Ya veis si dije yo bien que habia de sorprenderos!... y eso que aun no habeis tenido tiempo sino para leer el sobre. Pronto vuelvo á saber la respuesta.—Adios, señor Marcelo: reflexionadla bien. (*Váse.*)

ESCENA IX.

MARCELO, *despues* RUFINA.

MARCELO. Oh! Yo me engaño! (*Guardando en su bolsillo la carta sin leerla.*) Sin duda ha sido una vision que se me ha aparecido en esa ventana! Vamos, vamos! Lo dicho! (*Viéndola salir.*) Cielos! Pues no me engañé! Es ella! Ah, ingrata Rufina!

RUFINA. Calle! Vaya un saludo que me haces, hijo. Qué mosca te ha picado?

MARCELO. A mí no me pican moscas, estás? Porque sé cogerlas al vuelo.

RUFINA. Qué quieres decir?

MARCELO. Digo... (Voto vá! Al verla lo olvido todo menos su amor.) Podrá saberse el motivo de tan larga ausencia?

RUFINA. El motivo? es muy sencillo. Una persona me propuso dejar la Francia; y yo buscando el medio de asegurar nuestra dicha...

MARCELO. Una persona? Algun seductor sin duda?

RUFINA. No tal: una señora: una gran señora!

MARCELO. Rufina!... Tú te has puesto colorada!

RUFINA. Yo no me pongo de ningun color.

MARCELO. Es decir...

RUFINA. Es decir que yo te he sido fiel, y que tus sospechas acabarán por impacientarme y por echarlo todo á rodar.

MARCELO. Pues bien, Rufina, quiero fiarme de tus palabras! Yo te amo como antes: más todavia, y... aunque te pongas... no digo ya colorada, sino azul, verde, como sea, yo me diré siempre. . me fio! Y aunque por dentro sienta algo que me inquiete... no importa. Me fio! Ya ves si esto es amor.

RUFINA. Pobre Marcelo! (*Le da la mano.*)

MARCELO. Ay! Qué rica mano! (*Besándole la mano.*)

RUFINA. Hé! No hay que entusiasmarse! Vaya!

MARCELO. Rufina! Rufina! Casémonos pronto!

RUFINA. Sí, sí: Yo tambien deseo llamarme tu muger. Pero...

MARCELO. Peros tenemos?

RUFINA. Ya ves: el amor cuando no hay dinero...

MARCELO. Eso no importa. El amor siempre alimenta.

RUFINA. Segun. Yo en eso tengo mis opiniones, y... En fin: antes de tratar de la boda necesito saber si tu suerte ha cambiado!... Si posees algo...

MARCELO. Yo?

RUFINA. Si.

MARCELO. Ni una blanca.

RUFINA. Dios mio!

DUO.

MARCELO. Y qué importa la riqueza
donde está tu linda cara?
Con mi amor y tu belleza,
qué otra dicha se compara?

RUFINA. Quiero coche.

MARCELO. La ventura
de adorarse dia y noche...

RUFINA. Quiero coche.

MARCELO. Qué locura!

RUFINA. Quiero coche, quiero coche.

Mucho me agrada
que asi me quieras;
pero á tus ayes
y á tus ternezas
no hay compasion.
hasta ver que la suerte corona
mi ardiente deseo, mi noble ambicion.

MARCELO. Cuánto mas vale
mi dulce prenda,
de nuestras almas
la union estrecha.
Mas quiero yo
de tu fresca boquilla un suspiro
que todas las perlas que Oriente crió.

RUFINA. (*Riendo*) Ah! un suspiro!

MARCELO. Se burla!

RUFINA. Já! Já!
sabroso bocado,
bonito manjar.

MARCELO. Si dos corazones...

RUFINA. Me dejas en paz?

MARCELO. Amor es la vida.

RUFINA. No hay vida sin pan.

MARCELO. Traicion tan pérfida
con quien te adora!
veleta y frívola
sin compasion,
vende traidora
mi corazon.

RUFINA. Si soy tan pérfida,
si soy traidora,
veleta y frívola
sin corazon,
vete en mal hora
con tu pasion.

HABLADO.

MARCELO. Pero dime... ¿No son nada mis caricias, mis suspiros de amor...

RUFINA. Para mí, sí. Pero ve á decir al tahonero que se cobre su pan con tus suspiros. No, Marcelo, no. Hasta que podamos contar con algo seguro, no hay que hablar de boda. Asi, pues, el primero que de los dos haga fortuna...

MARCELO. Fortuna! Oh! Ya lo veo bien claramente. No me hablarias de ese modo si me quisieras.

RUFINA. Es decir que porque nos queremos, nos hemos de morir juntos de hambre! Pues hijo, muérete tú si quieres con otra. Yo no tengo ese heroismo.

MARCELO. Porque tú tienes mucha ambicion. Porque acaso otras ideas... Sí. Lo que dije antes. Sin duda prefieres á algun gran señor que te ha barajado los cascos!

RUFINA. Yo!

MARCELO. Sí, tú! Pero ya no conseguirás engañarme. Conozco tu ingratitud, y...

RRFINA. Acaba.

MARCELO. Y... Voto á Sanes!

RUFINA. Lo ves? Aun no estamos casados y el no tener dinero nos hace reñir.

MARCELO. Pues bien. Ve á buscar otro novio mas rico, que satisfaga tu vanidad. Yo... te olvido desde este momento, y...

RUFINA. Señor Marcelo, sois un ingrato!... un... Dios mio! (*Casi llorando.*)

MARCELO. Ahora mismo... Crac!... me colgaria de una entena!

ESCENA X.

DICHOS *y* SIMONA *saliendo de la taberna.*

SIMONA. (Aun está aqui. Sepamos...) (*Mirando á Marcelo.*) Decidme, Marcelo... (*Viendo á Rufina.*) Ah! Vos aqui? Qué tal? Os han recibido ya en la tienda?

RUFINA. Todavia...

MARCELO. Chss!... Vos conoceis á esa jóven? (*Bajo á Simona*)

SIMONA. Mucho. Es una modista (*bajo á Marcelo*) de esa tienda de enfrente. Esta mañana vino acompañada de un oficial, que por señas no la deja un momento.

MARCELO. Un oficial! (Oh! bien sospechaba yo!)

SIMONA. Sí: un oficial extranjero (*aparte á Marcelo con miste-*

rio.) Con que... habeis leido...

MARCELO. Qué?

SIMONA. Esa carta.

MARCELO. Cuál?

SIMONA. La que os di hace poco.

MARCELO. Ah! Ya! La carta de vuestro tio! (Bueno estoy yo para leer cartas!)

RUFINA. A que vendrá tanto cuchicheo?) (*Aparte y mirando.*)

SIMONA. Y... qué decís acerca de su contenido? (*Bajo á Marcelo.*)

MARCELO. Yo? Que está muy bien. Que vuestro tio habla como un libro...

SIMONA. De veras? (*Muy contenta.*)

MARCELO. (Maldito si sé una palabra...) Pérfida! (*Mirando de lejos á Rufina.*)

SIMONA. Ya estaba yo segura de que aceptaríais... Corro á darle tan buena noticia: porque... No sabeis? en la carta que me escribió ayer, me anunciaba que llegaria hoy de Brigton.

MARCELO. Sí? Me alegro. (Qué demonio me dice esta muger?)

SIMONA. Mi buen tio viene á buscarnos, y voy á su encuentro: adios, no tardaré. (*Váse.*)

MARCELO. Pero explicadme... Que su tio viene á buscarnos? No me faltaba mas que este lio, para que mi cabeza dé vueltas como un molinillo.

ESCENA XI.

MARCELO *y* RUFINA.

RUFINA. Veo que el señor Marcelo está muy en los secretos de esa jóven. Es... muy guapa. (*Con risa forzada.*)

MARCELO. Sí.

RUFINA. Es muy fea! (*Con rabia.*)

MARCELO. Calle! Qué os ha hecho la pobre para que la trateis asi?

RUFINA. La pobre! Se conoce que la profesais grande amistad y... Sois tal vez su consejero?

MARCELO. Yo? No. Pero me dió hace poco una carta que su tio le habia escrito...

RUFINA. Ah! Vamos: entonces sereis su secretario. (Estoy echando chispas!) Con que segun eso, vos estais en re-

laciones con la familia?

MARCELO. Cabal! (Me pondré en relaciones. Asi sabré de una vez...) (*Sacando la carta.*)

RUFINA. Eh? Vais á leer esa carta?

MARCELO. Por qué no? «Mi querida Simona.»

RUFINA. Uf! Qué nombre tan horrible!

MARCELO. Toma! Si la que lo lleva es bonita...

RUFINA. (*Furiosa.*) Ya os he dicho que es mas fea que un coco.

MARCELO. Leamos. «Mi querida Simona. Ya sabes que tengo la ventaja de ser viudo...»

RUFINA. Quién es ese pícaro que se expresa asi?

MARCELO. «De ser viudo... y la pena de no tener hijos.»

RUFINA. Bien empleado le está al bribon.

MARCELO. «Y como poseo la mejor taberna de Brigton y no hallo una persona de confianza para que cuide mis intereses... lo cual me causa un notable perjuicio... mi ternura me ha hecho acordarme de tí.»

RUFINA. Buena ternura está.

MARCELO. Asimismo mi ternura me ha inspirado la idea de darte un marido... visto lo mucho que esto me convendria y dejarte ademas todos mis bienes raices y potables... el dia que, con gran sentimiento mio, tenga por precision que morirme.»

RUFINA. Será lástima.

MARCELO. «Asi pues, voy á buscarte un esposo; pero eso no impide que tú lo busques tambien, y aun creo que lo hallarás mas á mano, sobre todo si merece realmente tu amor ese marido llamado Marcelo...»

RUFINA. (Ah bribon!) (*Se queda fingiendo gran serenidad.*)

MARCELO. (*Observándola á hurtadillas.*) (No le ha hecho efecto!) (*Leyendo.*) «Marcelo!» (*La vuelve á mirar y continúa.*) «Si esa boda te conviene y á él tambien, yo tengo que ir á Calais mañana.» Este mañana es hoy.

RUFINA. Ya. (*Secamente.*)

MARCELO. (Nada! Como si tal cosa!) «Y alli arreglaremos juntos...» (No dice nada!...) «Este negocio... con tu pretendido.»

RUFINA. Hum! (*Se arranca un lazo del cuello.*)

MARCELO. Eh?

RUFINA. Qué? Decias algo?

MARCELO. «Si nos convenimos os vendreis conmigo á Brigton y...» Ya lo veis! Ya veis que si yo quisiera...

RUFINA. Nadie os lo impide.

MARCELO. Es decir que me aconsejais esta boda!

RUFINA. Por qué no? Sobrino de un tabernero !... Vaya! No es cosa que digamos! Qué estado habrá que mas engria y... que mas embriague... Sí, sí. Casaos con madama Simona! Yo buscaré tambien mi Simon... que no me faltarán, á Dios gracias.

MARCELO. Oh! Segun voy viendo vuestra conducta me hace creer que lo teneis elegido de antemano.

RUFINA. Eso es mentira. Pero desde hoy, y aun cuando no fuera mas que para vengarme...

MARCELO. Cielos! (*Viendo salir al Conde.*) Ese oficial estranjero...

RUFINA. Ah! sois vos... (*Viéndole.*)

MARCELO. El! (*Ap. y con ira.*)

CONDE. Héme aqui que acudo á nuestra cita!

MARCELO. (Una cita! Oh! no mas humillacion.) Adios, Rufina. Mi partido está ya tomado... voy... donde ya sabeis que me esperan.

RUFINA. Os guardareis muy bien (*Vivamente.*), y si os atreveis á alejaros...

MARCELO. Ahora mismo.

RUFINA. Marcelo!

MARCELO. No me gusta estorbar. Adios. (Oh! mas vale que me vaya.) (*Váse.*)

RUFINA. Háse visto perfidia semejante!

ESCENA XII.

EL CONDE *y* RUFINA.

CONDE. Pero qué es esto? Qué sucede?

RUFINA. Sucede que... que ese jóven es el mismo de quien os hablé esta mañana y á quien he encontrado en Calais.

CONDE. Ya! El jóven con quien no queríais casaros por esceso de amor y por falta de dinero!

RUFINA. El mismo, sí señor. Y no quiero ocultaros... que está furioso... que tiene celos de vos.

CONDE. De mí? Hace mal. (*Riendo.*)

RUFINA. Cómo! Hace mal decís? Pues qué, vos no?...

CONDE. Qué.

RUFINA. Nada, nada. (Que poco galante es este hombre.)

CONDE. Y la prueba de que no tiene razon ese jóven, es que estoy sumamente contento de saber que os ama y que vos le amais. Nada de eso se opone á mis intenciones.

RUFINA. Eh? Pues qué intenciones son esas?

CONDE. No os inquieteis. Desde luego el casaros con él. Ignoro hasta su nombre... Pero esto no es preciso... al menos para mí.

RUFINA. Y cómo pensais realizar esa idea?

CONDE. Dándoos una dote de sesenta mil libras.

RUFINA. Ave Maria Purísima! A mí! de sesenta y... cuántas dijisteis!

CONDE. De sesenta mil libras. Y... quizás mas.

RUFINA. Cielos! Ese mas me hace enloquecer mas! Yo estoy soñando! Y... está tan sério... No os burlais de mí, no es verdad?

CONDE. Os hablo de todas veras y por mi fé de caballero.

RUFINA. Oh! sí, sí. Vos sois un caballero. Eso se conoce á legua! Pero esa dote...

CONDE. Será el premio de la discrecion y de la virtud.

RUFINA. Ah! sí señor, la virtud antes que todo... Pero de qué se trata?

CONDE. De embarcaros hoy, dentro de un cuarto de hora y conmigo, sin decir á nadie la menor palabra.

RUFINA. Poco á poco, señor oficial. Y mis principios?

CONDE. Vuestros principios? Los embarcais tambien. Yo soy el conde de Elvas, caballero portugués y comandante del bergantin de guerra San Cárlos, que veis desde aqui anclado en el puerto!

RUFINA. Un gran señor! Un bergantin!... Razon de mas. Todo esto tiene las trazas de un rapto.

CONDE. De un rapto de confianza... y vos debeis tenerla en el honor de un militar. Sois linda, graciosa... teneis un talle precioso...

RUFINA. Bah! Vos quereis hacerme favor...

CONDE. Pero no me inspirais amor ninguno.

RUFINA. Ah! ya...

CONDE. Y lo mismo sucederá durante las cinco ó seis horas que durará nuestro viaje.

RUFINA. Cinco ó seis horas solamente?

CONDE. Ó lo que es lo mismo, hasta la noche en que arribaremos á la costa de Inglaterra.

RUFINA. Ah! Es á Inglaterra donde...

CONDE. Sí.

RUFINA. Y en qué punto desembarcaremos?

CONDE. Donde querais.

RUFINA. Calle! Donde yo quiera?

CONDE. A mí me es indiferente. Douvres... Plimouth... Brigton...

RUFINA. Brigton? (Donde vive el tio de Simona...) Prefiero á Brigton.

CONDE. Estamos conformes. Ya veis que os presento cuantas seguridades...

RUFINA. Ciertamente que... cosa mas rara! Pero al menos permitidme el preguntaros... Qué vamos á hacer en Inglaterra? Qué idea es la vuestra?

CONDE. No puedo decíroslo mientras estemos en Francia.

RUFINA. Por qué?

CONDE. Me parecia haberos ya dicho que en este asunto habia dos cosas de suma importancia.

RUFINA. Sí, sí... la virtud...

CONDE. Y la discrecion.

RUFINA. Precisamente ese es mi fuerte.

CONDE. La discrecion? Con efecto. Podriamos (*Sacando medio florin y enseñándoselo.*) apreciarla en un florin... ó en medio.

RUFINA. Ah!

CONDE. Y... la confianza que me hicísteis aqui esta mañana á mí, que veíais por la vez primera...

RUFINA. Yo os diré!... A veces... una tiene sus descuidos... Eso consiste en el tiempo que hace y segun el aire que corre.

CONDE. Sí! El aire de Francia es malo para los secretos. Es... demasiado vivo, demasiado ligero... y he ahí por qué yo prefiero el de Inglaterra, que es mas espeso y mas pesado. Asi pues, reflexionad lo que os he propuesto. En ello va vuestro porvenir y vuestra fortuna. Confianza y silencio absoluto hasta mañana... Si aceptais, dentro de diez minutos me hallareis junto al muelle esperando en una lancha para conduciros al bergantin, que se dará inmediatamente á la vela. Dentro de diez minutos, en marcha. Esta noche en Inglaterra, y mañana las sesenta mil libras!

RUFINA. Y mi decoro?

CONDE. Ese... siempre á salvo. Os espero. (*Váse.*)

RUFINA. Sí! sí. Es decir, yo... yo estoy loca de alegria! Jesus! se me va la cabeza. (*Se sienta á escribir.*)

ESCENA XIII.

RUFINA. LAS MODISTAS *saliendo en tropel.*

LUISA. Ya es la hora; vamos pronto! Calle! Nuestra nueva compañera. Decidme. Quereis venir con nosotras á un baile que dan esta noche en la playa?
RUFINA. Mil gracias. Pero... ciertos quehaceres...
LUISA. Dejadlos para mañana.
RUFINA. No, no.
LUISA. Estais muy agitada.
RUFINA. Ya lo creo! Figuraos que acaban de propo... (Ay Dios mio! Ya lo iba á decir todo!)
LUISA. Y bien?
RUFINA. Nada. Solo quisiera pediros un favor.
LUISA. Hablad.
RUFINA. Que entregueis esa carta... (Si se irá el bergantin?)
LUISA. A quién?
RUFINA. A Marcelo.
LUISA. Al que vá á casarse con Simona?
RUFINA. Cómo con Simo... (Disimulemos! Por fortuna yo seré rica antes que esa union pueda llevarse á cabo.) Con que... entregareis mi carta?
LUISA. Descuidad!
RUFINA. Corramos. (*Váse.*)
LUISA. Pero... Qué misterio hay aqui?

CORO. *Dentro.*

La vela el viento agita,
sereno el tiempo está,
murmura cariñosa
la brisa de la mar.
Vogad! vogad!
Sereno el tiempo está.

ESCENA XIV.

DICHAS. MARCELO.

MARCELO. Ingrata! Estoy que se me puede ahogar con un cabello! Por mas que hago para pensar en otros amores... Nada! no la puedo olvidar...

LUISA. Veis qué pensativo? (*A las otras.*) Sr. Marcelo... (*Acercándose á él.*)

MARCELO. Eh? Qué se ofrece?

LUISA. Esta carta que me han dado para vos...

MARCELO. Una carta? De ella? Mi mano tiembla... (*Luisa se retira con las otras á observar.*) Qué podrá ser? Veamos (*Lee para sí.*)
(*Las costureras le observan y cantan entre sí.*)

CORO.

Mirad! se pone pálido!
Alegre vuelve á estar!
Ya torna á la tristeza!

MARCELO. Oh!

CORO. Qué será? Qué no será?
Esa carta qué dirá?
qué será?
qué dirá?
Pronto, amigas se sabrá.

MARCELO. (*Lee.*) « Te dije que me casaria contigo cuando uno de los dos hiciera fortuna. Yo voy á hacerla hoy mismo. Rompe la boda que proyectas. Espérame. Virtuosa y amante, como siempre, volveré muy pronto á tu lado, llevando conmigo, para que vivamos felices, una dote de sesenta mil libras!...» Cielos! Me ama todavia!

LUISA. Sesenta mil libras! (*A las otras.*)

CANTO.

MARCELO. Ah, mi bien, tú me vuelves la vida,
tú me haces feliz!

Adorarte, Rufina, es la gloria
mejor para mí.
La grandeza y el oro maldigo
ausente de tí:
Solo quiero la vida en tus brazos
y en ellos morir.

CORO. Qué dice? Qué dice?
mas cerca venid.
Miradle, miradle
contento y feliz.

ESCENA XV.

DICHOS, SIMONA.

SIMONA. Qué horror! quién lo hubiera creido?
COSTUR. Qué sucede?
SIMONA. Vuestra nueva compañera. Esa jóven que llegó esta mañana.
MARCELO. Eh?
SIMONA. Acabo de verla que se marcha en compañia de un caballero, del conde de Elvas?
LUISA. Un rapto!
TODAS. Un rapto! } (*A un tiempo.*)
MARCELO. Imposible!
SIMONA. Sí, sí; en una barca! Y muy alegres por cierto!... mirad!
MARCELO. Ah! (*Dentro coro de marineros.*)
SIMONA. Ois el canto de los marineros que la conducen?

CANTO.

MARCELO. La traidora me engañaba!
Y se aleja sin piedad!
TODAS. Qué os aflige?
MARCELO. Nada, nada! (*Fingiendo.*)
(Yo mi amor sabré vengár!)
Eh, muchachas, á la fiesta!
TODAS. A la fiesta y á bailar!
MARCELO. Vuestra mano. (*A Simona.*)
Pronto! En marcha.
TODAS. Pronto, al baile sin tardar!

MARCELO Y CORO. Al baile, pues, al baile!
la noche bella está!
marchemos sin demora,
muchachas, á gozar!.
La noche bella está!

Se oye dentro al mismo tiempo el coro de los marineros.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la taberna de Trumbell. Puertas á derecha y á izquierda, y tres al fondo que dan paso á una sala grande.

ESCENA PRIMERA.

TRUMBELL, MARCELO *y soldados puritanos. Estos beben sentados al rededor de una larga mesa, y* TRUMBELL *les echa el vino,* MARCELO *estará en el lado opuesto, cabizbajo y pensativo.*

CORO DE SOLDADOS.

CORO.

Cuando el bronce fatídico brama,
cuando llena los campos de horror,
el guerrero sediento se inflama
apurando de Baco el licor.
Cuando suena la voz de la gloria,
cuando llama á la guerra el tambor,
no equivale jamás la victoria
á los triunfos que brinda el amor.
Rendir las armas á la hermosura,
ahogar las penas en buen licor,

esta es la gloria y es la ventura.
Venga ese vino!—Brinda al amor.
(*Beben y se oye dentro un clarin.*)

MARCELO. Basta, señores!
llama el clarin.

TRUMB. Llame en buen hora
voto á Cris...

MARCELO. Con la milicia
no hay que reir.

TRUMB. (Este mancebo
no sirve aqui.
Tiene una cara
de puerco-espin!)

(*Los soldados se levantan disponiéndose á marchar.*)

SOLDAD. Rendir las armas á la hermosura,
ahogar en vino nuestra razon,
esta es la gloria y es la ventura...
pero nos llama la obligacion. (*Vánse.*)

ESCENA II.

TRUMBELL, MARCELO, *luego* SIMONA.

TRUMB. Marcelo!

MARCELO. Señor Trumbell!

TRUMB. Ya te he dicho que esa cara y esos modales, no son los mejores para adquirir parroquianos.

MARCELO. Y qué quereis?

TRUMB. Qué quiero? Si has de casarte con mi sobrina Simona, si has de dirigir el establecimiento, es necesario que te domestiques. Has espantado á esas pobres gentes... (Que tal vez me hagan falta.)

MARCELO. Pero de otro modo, si faltaban á su obligacion...

TRUMB. Bah! Y qué? les hubieran zurrado la badana en el cuartel! Como si no tuvieran ya acostumbradas las costillas!

MARCELO. (Viejo avaro!)

TRUMB. Ah! Simona! (*Viéndola salir.*)

SIMONA. (Siempre del mismo humor!) (*Mirando á Marcelo.*)

TRUMB. Tú, Marcelo: vete á echar una ojeada por esas piezas de adentro; y sé amable, hijo mio... con los que pagan. (*Váse Marcelo.*) Deseaba hablarte. (*Con gran misterio.*)

SIMONA. Qué ocurre?

TRUMB. Has de saber...

SIMONA. Estais pálido, tembloroso...

TRUMB. Eso me sucede siempre que tengo miedo.

SIMONA. Miedo vos? *Un cabeza redonda*, un exaltado puritanoa..

TRUMB. Por eso mismo.

SIMONA. Que en otro tiempo, segun dicen, predicaba la guerr.. la destruccion, el saqueo...

TRUMB. Entonces el puritano era pobre; pero hoy que tengo llena de buen vino mi bodega, y de excelentes guineas mi bolsillo, estoy por el órden: ahora escucha. (*Con misterio.*) Ayer á boca de noche llegaron á la taberna dos viajeros con un séquito numeroso: tú ya estabas acostada. Pidieron dos habitaciones que pagaron anticipadamente...

SIMONA. En todo eso no veo nada que pueda asustaros...

TRUMB. Espera un poco. Esta mañana me puse á echar un trago con uno de sus criados... ya sabes tú que yo no soy vanidoso y que bebo con todo el mundo. Pues el tal, que segun parece no está muy acostumbrado á la Ginebra, soltó la taravilla y empezó á charlar de sus amos, y á charlar y mas charlar! y por último, acercándose á mi oido me dijo que la dama... porque habia una dama! es nada menos que la esposa del pretendiente! del Rey Cárlos II!

SIMONA. Del Rey Cárlos II!

TRUMB. Como tú sabes, yo he jurado fidelidad á Cromwell, mi general, y á su hijo Ricardo; y Trumbell no ha faltado jamás á sus juramentos ni á sus principios políticos.

SIMONA. Y qué es lo que vais á hacer?

TRUMB. Está vigente una ley que condena á muerte á todos los Estuardos, y á los que les den asilo.

SIMONA. Pero vos no le dais asilo, puesto que se lo vendeis.

TRUMB. Ya lo sé y eso me salva. Pero... á pesar de todo, por lo que pueda tronar, me he colocado en una posicion menos equívoca; y si es cierto que tengo en mi casa...

SIMONA. Aquí! ¡En una taberna; pero eso no tiene ni aun visos de probabilidad.

TRUMB. En efecto...

SIMONA. Y por la relacion de un criado ébrio y charlatan, vais á asustaros de ese modo?..

TRUMB. Es verdad. (Si habré hecho alguna tonteria...)

ESCENA III.

DICHOS, *y* LADI PEKINBROOK.

TRUNB. Pero qué veo! Lady Pekinbrook, la mas noble y poderosa dama del condado, se digna honrar mi casa?

PEKINB. Tienes razon, Trumbell; esta humilde taberna no es digna de semejante honor, ni de otro mas grande aun.

TRUMB. Qué decís?

PEKINB. Silencio! Tú suerte está hecha desde hoy; Trumbell, serás noble, rico...

TRUMB. Es posible!

PEKINB. Yo te lo garantizo; yo, Arabela Pekinbrook, dama de honor de la difunta Reina; yo que privada once años ha de mis honores y prerogativas, me he visto obligada á devorar mi silencio en una oscura provincia, mi humillacion y mis veinte mil libras de renta. Pero ya está cerca la hora en que la fidelidad y la desgracia van á recibir su recompensa. Dime, buen Trumbell, no es cierto que esta noche pasada ha entrado en esta casa una señora jóven con un séquito numeroso?

TRUMB. Sí, Milady.

PEKINB. Ah! sostenedme! (*Va á desmayarse. Trumbell y Simona acuden.*) Pero no! no me sostengais; conducidme á su presencia, quiero arrojarme á sus pies.

TRUMB. No se ha levantado aun.

PEKINB. Ah! Eso es diferente; no puedo ni debo atreverme... la etiqueta lo prohibe, y no seré yo quien falte á ella. Pero cuando se haya levantado, tan pronto como llame, haz que vayan á avisarme á mi palacio.

TRUMB. Irá mi sobrina!

PEKINB. Es tu sobrina esta jóven? mejor; con eso no saldrá el secreto de la familia.

TRUMB. Ponte en observacion (*á Simona*), y avísanos cuando se abra su puerta. (*Simona se va.*)

PEKINB. Tu entregarás esta carta á la Princesa, á su chambelan ó á su primera dama de honor.

TRUMB. Cómo! Luego es cierto que...

PEKINB. Silencio! Puesto que ha elegido tu casa para su morada, ya no me es permitido dudar de la pureza de tus sentimientos, á pesar de la opinion que gozas...

TRUMB. Yo!

PEKINB. De puritano exaltado; mejor! eso es lo que debe hacerse; hablar de una manera y pensar de otra. No creo que hay necesidad de recomendarte el respeto y las consideraciones que debes guardarla. Por ahora, ahi tienes cien guineas.

TRUMB. Con que es cierto? Es la misma esposa de Cárlos II!...

PEKINB. Sí, amigo mio; sí! La princesa de Portugal, la esposa de Cárlos II, que arrostrando mil peligros, viene á reunirse con su real esposo.

TRUMB. Y teneis esperanzas de que triunfe?

PEKINB. Sin duda ninguna; la Inglaterra está ya cansada del protectorado. La muerte de Cromvell ha dejado el poder en manos de Ricardo, cuya debilidad le hace poco terrible. El jefe del ejército se declara en favor nuestro.

TRUMB. Y no le harán nada?...

PEKINB. Vaya! Duque y Par!

TRUMB. (Dios mio!)

PEKINB. Lo que te recomiendo, es que no dejes á ningun noble del condado que hable á la princesa antes de que yo la vea. Todos ellos tienen unas pretensiones tan exajeradas, tan ridículas! Yo soy desinteresada, y todo esto lo hago por pura adhesion y amor al trono.

TRUMB. Si vuestras esperazas se realizan...

PEKINB. Ténlo por cierto, amigo Trumbell.

DUO.

PEKINB. Gracias al cielo, propicio y justo,
bajo la sombra del sólio augusto
mi noble raza colocaré.
Y ya vencidos los puritanos,
hijos y esposo, primos y hermanos,
á grandes puestos elevaré.

TRUMB. (*Ap.*) Crece el nublado! no estoy á gusto!
tengo tal miedo, tal es mi susto,
que ya vacila mi antigua fé!
Tal vez sucumban nuestros tiranos! (*Animado.*)
Acaso caigan los puritanos! (*Abatido.*)
No sé á qué carta me quedaré.

PEKINB. El tiempo que he pasado

en la oscuridad,
los *cabezas redondas*
me la han de pagar.

TRUMB. (Sobre la cuerda floja
danzando estoy ya!
la cabeza me cuesta
si pierdo el compás.)

PEKINB. Ya los nobles satisfechos
de injusticias y violencias,
hoy recobran sus derechos
dignidades, preeminencias.
Ay! á la verdad,
es dulce ser víctima
de nuestra lealtad!

TRUMB. (Quedaremos en acecho
y en la lucha que hoy comienza,
yo seré, y es lo derecho,
partidario del que venza.
Con habilidad,
no hay mejor política
que la ambigüedad.

PEKINB. Con que... silencio, fidelidad, y tu suerte está hecha. (*Váse.*)

ESCENA IV.

TRUMBELL *y luego* MARCELO.

TRUMB. Qué diablos! Ya no me queda duda, es la Reina; su partido va á triunfar, y yo tambien á lo que parece. Pero el caso es que por adhesion á mis principios... es decir, á mis antiguos principios, he cometido una estupenda barbaridad! Si yo pudiera... Marcelo! Marcelo!

MARCELO. Qué me quereis? (*Saliendo.*)

TRUMB. Escucha, hijo mio; vas á ir inmediatamente, sin perder un minuto, á la casa del Sherif, que vive á dos millas de aqui, ¿me has entendido?

MARCELO. Muy bien.

TRUMB. Como que es médico al mismo tiempo que magistrado,

es muy posible que no haya vuelto aun á su casa. Si asi fuera, dí en mi nombre que te devuelvan una carta que yo he dejado esta mañana.

MARCELO. Voy al punto.

TRUMB. Acaso estará todavia sobre la mesa en que yo la puse. Tráemela en el momento, y nos hemos salvado.

MARCELO. Cómo? No entiendo.

TRUMB. Ni necesitas entenderlo: haz lo que te digo, y no pierdas un instante... (*Váse Marcelo.*) Calle! aqui viene y mi sobrina.

SIMONA. La puerta se abre. (*Saliendo.*)

(*Trumbell empieza á correr de un lado á otro, arreglándose el traje, y lo mismo hace su sobrina, resultando de esto un momento de confusion.*)

TRUMB. Se ha levantado la Princesa?

SIMONA. La Princesa!

TRUMB. Sí, sí! corre y avisa á la Condesa: díle que su señoria puede presentarse cuando guste.

SIMONA. Voy. (*Váse corriendo.*)

TRUMB. Yo no sé si es alegria ó temor lo que experimento. Ahí está! (*Se inclina respetuosamente.*)

ESCENA V.

EL CONDE, RUFINA *y* TRUMBELL.

CONDE. Qué es eso, maese Trumbell? Qué significa esa postura?...

TRUMB. Es la que debo tomar en presencia de... lo sé todo, señor! lo sé todo.

CONDE. En ese caso, silencio.

TRUMB. Ni una palabra saldrá de mis labios; pero señora! permitidme que os ofrezca mi casa, mi familia...

RUFINA. A mí? (*Admirada.*)

CONDE. Aceptad, pero sin decir (*Ap. á Rufina.*) una palabra. (*Rufina hace señas de que acepta.*) Eso es.

TRUMB. Ademas, traigo una carta de la condesa de Pekinbrook, la mas noble señora del pais, que ha venido á ver...

CONDE. Basta: entregad esa carta. (*Trumbell se acerca á Rufina, y la entrega la carta, de rodillas.*)

RUFINA. Pero...

CONDE. Tomadla y leed. (*Ap. á Rufina.*)

RUFINA. (*Leyendo.*) «No nos hemos presentado á vos, temiendo comprometeros; sin embargo, bastará una señal vuestra para que volemos á arrojarnos á vuestros piés: decid una palabra, y tendreis á vuestra disposicion treinta mil guineas. La persona que esto escribe desea tener el honor de llevároslas...» Maldito si entiendo una palabra de todo esto. (*Ap. al Conde.*)

CONDE. Ni es necesario. (*A Trumbell.*) La señora Condesa puede venir cuando guste; marchad.

TRUMB. Permitidme... quiero pedir una gracia... quiero... besar... la orla de su...

CONDE. Besad su mano? Ofrecédsela. (*A Rufina ap. Rufina alarga su mano, que besa Trumbell de rodillas.*) Todo el que toca esa mano queda ennoblecido; levantaos, Baron de Beringul.

TRUMB. (Yo baron! Oh república! Oh Cromwell, si me vieses!) Viva la... (*Gritando.*)

CONDE. Calla y déjanos! (*Váse Trumbell, despues de saludar respetuosamente.*)

ESCENA VI

RUFINA. EL CONDE.

RUFINA. Podeis decirme, caballero, qué significa todo esto?

CONDE. Ya ves que he cumplido fielmente mi promesa: desde que nos embarcamos en Calais te he tratado con el mayor respeto.

RUFINA. En efecto; no me habeis dirigido una sola palabra de amor ni aun de galanteria: y á decir verdad me he llevado un chasco!... Pero me habeis ofrecido darme una explicacion de todo en Inglaterra, y ha llegado el momento de cumplirlo.

CONDE. Tienes razon: escúchame, y no olvides una palabra de lo que voy á decirte. Pero siéntate, por si alguno entrára... (*Se sienta Rufina.*) Ya sabrás sin duda que hace algunos años hubo un Rey en Inglaterra, llamado Cárlos I.

RUFINA. No tal; es la primera noticia que tengo. Y en verdad que reinando en tan hermoso pais, debió ser muy dichoso.

CONDE. Al contrario, fué condenado á muerte, y su familia está desterrada once años há.

RUFINA. De veras? Estais seguro...

CONDE. Tanto, que su hijo el Rey Cárlos II ha desembarcado un mes hace en Inglaterra con el objeto de reconquistar su reino.

RUFINA. Sea enhorabuena. Y á mí qué me importa todo eso?

CONDE. Vas á saberlo, la Princesa de Portugal, su esposa y mi soberana. .

RUFINA. En efecto, vos sois portugués, ó á lo menos asi me lo habeis dicho.

CONDE. Pues la Princesa, á pesar de nuestros consejos para que esperase en Francia ó en Holanda el resultado de esta lucha, se ha empeñado en reunirse con su marido, y en correr su misma suerte.

RUFINA. Hace bien, y esa Princesa es digna de serlo; pero repito que no veo en que pueda interesarme...

CONDE. A eso vamos; para conseguir su objeto con menos peligros, era necesario engañar la vigilancia de los cruceros ingleses, y una vez en tierra burlar á los espias de Ricardo y del parlamento. Asi es que, mientras la Princesa se encamina á las playas de Escocia en un humilde barco pescador, tú, navegando en un magnífico buque de guerra portugués, llegas á las costas de Inglaterra, y ya á estas horas se dice en Brigton que la Princesa de Portugal, la esposa de Cárlos II está oculta en una taberna de esta ciudad.

RUFINA. Y qué mas?

CONDE. De este modo logramos que las tropas, los constables y toda la policia del reino se concentra por este lado, asegurando así el viaje de la verdadera Princesa.

RUFINA. Y si nos prendiesen, que es muy posible?

CONDE. Eso es precisamente lo que me conviene.

RUFINA. No lo dudo; pero á mí no me conviene, y yo quiero saber lo que me sucederá.

CONDE. Voy á decírtelo; serás conducida á Lóndres, con todas las consideraciones debidas á tu elevada clase, en un coche magnífico, tirado por cuatro caballos...

RUFINA. Un coche y cuatro caballos! (*Con alegria.*)

CONDE. O tal vez mas!

RUFINA. Y luego?

CONDE. Luego, cuando hayamos ganado el tiempo suficiente para la realizacion de nuestros planes, si los acontecimientos lo permiten diré la verdad. Entonces la Reina de

Inglaterra volverá á tomar el nombre de Rufina Camusat, y como nadie llega una vez al poder, sin que le quede alguna cosa... su reinado la valdrá sesenta mil libras para su dote.

RUFINA. Ay qué bueno! Y yo qué tengo que hacer?

CONDE. Dejarte incensar y adorar; recibir los homenages de todos. Pero te encargo la mayor reserva, hasta para con nuestros mas ardientes partidarios. Ya empiezan á llegar. (*Viendo salir á la Condesa.*)

ESCENA VII.

DICHOS *y* LA CONDESA DE PEKINBROOK.

CONDE. Tengo el honor de presentaros á la Condesa de Pekinbrook... (*Rufina se sonrie mirando á la Condesa.*)

PEKINB. Ah! Señora! la sorpresa, la alegria, la emocion que esperimento... me privan del uso de la palabra.

CONDE. El silencio es á veces muy elocuente. Señora! (*Viendo que la Condesa está á punto de desmayarse.*) Qué es lo que haceis! Un desmayo delante de la Princesa!

PEKINB. Es cierto! La etiqueta lo prohibe. Si no me engaño tengo el honor de hablar al señor Conde de Elvas, Marqués de Villareal.

CONDE. Y el que tuvo la honra de conocer el año pasado en Breda al señor Conde y á la señora Condesa de Pekinbrook.

PEKINB. S. A. estaba todavia en Portugal. (*Dirigiéndose á Rufina.*)

CONDE. Como recien casada, esta es la vez primera que se digna presentarse á sus vasallos de Inglaterra.

PEKINB. Por lo mismo, deseaba ardientemente ser la primera en tributarla el juramento de fidelidad. Todos los nobles de estos alrededores pretendian arrebatarme este honor; pero se morirán de envidia cuando yo les repita todas las palabras agradables y lisongeras que os habeis dignado dirigirme.

RUFINA. Si yo no he abierto mi boca. (*Ap. al Conde.*)

CONDE. Mejor! Continuad haciendo lo mismo. (*Ap. á Rufina.*)

PEKINB. Conservaré de ellas un eterno recuerdo. Ah! y me atrevo á decir que lo merecemos por la invariable adhesion que hemos conservado hácia la familia destronada. Lord Pekinbrook, mi esposo, ha guardado un silencio obsti-

nado y rebelde, durante la dominacion de Cromwell. Por lo tanto me atrevo á esperar que estos once años de servicio no serán estériles para la familia, y que S. A. se dignará acordarse de mi esposo para el primer gobierno vacante. Yo, que fuí dama de honor de la difunta Reina, no pido nada para mí... nada, sino mi antiguo puesto, con los derechos inherentes á la antigüedad.

CONDE. Es muy justo.

PEKINB. Pero en cambio, me atreveré á pedir una coronelía para mi hijo mayor, y la condecoracion de San Andrés para los dos que le siguen. En cuanto á mis tres pequeñuelos, de cuya fidelidad respondo, desean entrar como pages al servicio del Rey.

RUFINA. No teneis mas familia?

PEKINB. Ah, señora! comprendo todo (*Con efusion.*) lo que hay en esa pregunta, de generoso y verdaderamente grande.

ESCENA VIII.

DICHOS, TRUMBELL, *luego* SIMONA.

TRUMB. Señora! Señora! (*Viene corriendo.*)

PEKIMB. Qué es eso?

CONDE. (Vendrán ya á prendernos!)

TRUMB. Acaban de llegar en este momento todos los nobles del condado.

PEKIMB. Torpe! Les habrás dado aviso... (*Ap. á Trumbell.*)

TRUMB. Sí, que necesitan ellos... (*Id. á la Condesa.*)

PEKIMB. Esa es la mejor prueba de que nuestra causa triunfa! Bien quisiera evitar á V. A. la molestia de oir tantas arengas, tantas peticiones...

CONDE. Eso es imposible, la Princesa debe recibir á todos sus adeptos.

RUFINA. Y qué les voy á decir?

CONDE. Lo que habeis dicho hasta ahora. (*Ap. á Rufina.*)

RUFINA. (No es difícil.) Pero recibir asi, en traje de camino!...

PEKIMB. Eso no os dé cuidado. Yo, que soy previsora, he encargado ya á la jóven que fué á avisarme vuestra llegada...

TRUMB. Mi sobrina! (*Con orgullo.*)

PEKIMB. Que os trajese un vestido de córte. (*Sale Simona con algunas cajas de carton.*) Colocad todo eso en las habitaciones de la Princesa. Vienen ademas algunos toca-

dos mios...

RUFINA. (Bonitos serán ellos!)

PEKIMB. Dejadme esa caja. (*Toma una de las cajas que lleva Simona: esta se vá con las restantes y vuelve á la escena un momento despues.*) Es de última moda: acaba de llegar de Francia.

RUFINA. Ah! sí? veamos! Yo os diré al momento de quién es el corte. Pero antes de todo es necesario saber de qué almacen... (*El Conde la mira, se contiene y sigue con dignidad.*) de qué almacen, señora Condesa?

PEKIMB. Lo ignoro; pero no dudo que esta toca os sentará á las mil maravillas.

RUFINA. Sí, es muy linda. (*Examinándola.*)

PEKIMB. Acercaos, hija mia. Permitid que esta jóven me ayude á ponérosla. (*Por Simona.*)

RUFINA. No es necesario, yo sola...

CONDE. No podeis rehusar. (*Conteniéndola.*)

RUFINA. Me van á poner hecha una vision. (*Ap. al Conde.*)

CONDE. No es posible teniendo esa cara. (*Id. á Rufina.*)

PEKIMB. Alfileres por ese lado. (*A Simona poniendo la toca á Rufina.*)

TRUMB. (Qué honra para mi casa!)

RUFINA. Con cuidado, éh! con cuidado. Torpe!

CONDE. Qué es eso?

RUFINA. Me ha pinchado.

SIMONA. La turbacion...

PEKIMB. No repliques. (*Simona ve en este momento el rostro á Rufina.*)

SIMONA. Ah! qué veo! sois vos!

CONDE. (Simona! Qué desgracia!)

RUFINA. (Esta desventurada me va á destronar.)

TRUMB. Qué es lo que te pasa? Responde.

PEKIMB. Conoces á la Princesa?

SIMONA. Yo... sí... no... (*Turbada.*)

PEKIMB. Háse visto mayor osadia?

SIMONA. La he visto...

PEKIMB. Dónde?

SIMONA. En un almacen de modas.

PEKIMB. Ha perdido el juicio! No puede ser otra cosa!

TRUMB. Eso es inverosimil!

PEKIMB. Imposible!

CONDE. Os engañais; es la verdad.

CANTO.

LADY, TRUMBELL, SIMONA. Qué dice! Qué misterio!
Hablad, señor, hablad. (*Al Conde.*)
RUFINA. (En buen apuro estamos;
adios mi magestad.)
CONDE. Oid la verdad. (*Todos escuchan.*)
Con el modesto trage
de simple costurera,
á la vecina Francia
Llegó Su Alteza Real.
TODOS. Ah!
CONDE. Para intentar.
TODOS. Ya!!
CONDE. Con su disfraz!
TODOS. Ya!
CONDE. A las playas inglesas
mas segura pasar.
(*Señal de los otros que se manifiestan convencidos*)
TODOS. Ya! Ya!
RUFINA. Jesus, y cómo miente! (*Ap.*)
CONDE. Aquesta es la verdad.

TRUMBELL *y* SIMONA.

Es la Princesa!
no hay que dudar.
Ved qué aire tiene!
Qué magestad!

LADY.

Y al que aun, osado,
llegue á dudar,
En un patíbulo
se le pondrá.

RUFINA. (*Ap.*)

Si el caso llegan
á averiguar,
cara la intriga
nos costará!

CONDE. (*Ap.*)

Tener es fuerza
serenidad,
ó mis intentos
fracasarán.

(*El Conde habla al oido con Rufina y en seguida dice gravemente á Simona.*)

CONDE. Su Alteza os perdona
y os da su favor,
nombrándoos, Simona,

su dama de honor.

TODOS. Su dama de honor!

TRUMB. De honor! (*Loco de alegria.*)
tal honor...
me llena de honor!
Ay qué honor!.. Ay qué honor!.. Ay qué honor!..

SIMONA. Yo mas esperaba. (*Bajo á Trumbell.*)

TRUMB. (Chss! Calla!) Ah! qué honor!!!
Si mi soberana (*Dirigiéndose muy humildemente y sonriendo á Rufina.*)
su licencia da,
esta, su futuro (*Señalando á Simona.*)
le presentará.
Es un chico dulce
como un mazapan;
y tiene una cara...
mas que regular.

RUFINA. (Cielos! Qué sospecha!)
Y quién es? Hablad.
Pronto, hablad... Su nombre?

TRUMB. Es Marce...

RUFINA. Oh maldad! (*Interrumpiéndole furiosa. Trumbell retrocede asustado.*)
Estúpido! Imbécil! (*El Conde se inquieta.*)
Temed mi furor,
si necio intentais
casar á los dos.
Prohibo esa boda!
Me opongo á esa union!
Temblad que yo os haga
saber quién soy yo.

CONDE. (Prudencia!) (*Ap. á Rufina.*)

LADY. Señora!
Teneos por Dios!
Pensad qué desgracia
si os da un sofocon!

TRUMB. Comprendes tú esto? (*Confuso á Simona.*)

SIMONA No, tio. (*Afligida.*)

TRUMB. Ni yo.

TODOS *á un tiempo.*

TRUMB. Pues ella lo manda,
que llores ó no,

me opongo á tu boda,
me opongo á tu amor. (*A Simona.*)

LADY. Qué rara energía! (*Ap. y mirando á Rufina.*)
Qué noble teson!
Suspensa me tiene
su augusto furor!

RUFINA. Me opongo á esa boda! (*A Trumbell.*)
me opongo á ese amor!
Si á cabo se lleva
temed mi furor.

SIMONA. Se opone á mi boda!
Se opone á mi amor!
¿Qué mal con casarme,
qué mal le hago yo? (*Afligida.*)

CONDE. (Por cierto que estallan
en buena ocasion
sus celos del diablo,
su loco furor!)

SIMONA. Ah, señora! yo os suplico...

TRUMB. Chss! Calla y obedece. La Princesa tiene motivos muy graves... muy poderosos... Yo no sé cuáles son. Pero debe haberlos.

CONDE. Cabal. Vos habeis penetrado...

TRUMB. Sí? Yo he penetrado? dónde, señor?

CONDE. Quiero decir que habeis adivinado la verdad. La Princesa se opone á esa boda, porque quiere que vuestra sobrina contraiga una noble alianza...

TRUMB. Ven: oye esto. La Princesa quiere que des tu mano á una noble alianza...

CONDE. Pues... A... á un Duque, á un Conde, á un gran señor.

TRUMB. Y asi debe ser. Qué dices tú á eso?

SIMONA. Toma. Tanto irán halagándome...

RUFINA. (Y decia que amaba á Marcelo!)

TRUMB. Señor Conde. Mi sobrina cede á la razon de estado! Consiente en sacrificarse... pero solo pide una cosa, señor... una futesa... Que el novio sea siquiera Duque.

LADY. Calle! Os figurais que los Duques estan ahí por docenas para dar su mano á esa jóven? Yo me contenté con un Marqués.

TRUMB. Señora, cada cual se contenta con lo que tiene, cuando no tiene mas.

LADY. (Uf! Qué gentuza! Si no fuera por el respeto que...)

CONDE. Vamos, vamos. La nobleza de la villa espera...

LADY. Si. Pero vos no estais vestida de ceremonia todavia, y... Yo me encargaré de presidir vuestro tocador!

RUFINA. (Ay Dios! Bonita me va á poner.)

LADY. Ahora recuerdo un retrato... el retrato de mi abuela... que tiene un peinado...

RUFINA. (De su abuela!) No, no. Mil gracias. Quiero presentarme con la mayor sencillez... Simona, seguidme vos. Desde este momento no os separareis de mí... (Para alejarla de Marcelo.)

TRUMB. No quiere que te separes!... (Ya eres feliz!)

ESCENA IX.

TRUMBELL, LADY PEKIMBROOK.

TRUMB. Yo estoy loco de alegria! Nombrar dama de honor á mi sobrina.—Nombrarme á mí Baron de Rebigul! Lo de ser baron no me sorprende tanto... Pero el Rebigul! el Rebigul!

LADY. (Ya haré yo por echar abajo ese nombramiento.)

TRUMB. Qué! Os marchais?

LADY. No. Voy solamente á decir á los nobles que aguardan ahí fuera. Pero... ah qué idea me ocurre! Si entretanto ellos estan esperando en la inaccion, sin atreverse á nada, sin aventurar la mas pequeña demostracion... nosotros dos... apresurásemos los acontecimientos.

TRUMB. Nosotros?... No os entiendo.

LADY. En este pueblo, que tantos partidarios cuenta el Rey, apenas hay una docena de soldados presbiterianos.

TRUMB. Y qué?

LADY. Que nosotros podemos sin temor alguno arriesgar una manifestacion valerosa en favor del monarca!

TRUMB. Una manifestacion?

LADY. Pues! Un golpe que sea heróico... por ejemplo: hacer que toquen las campanas en la parroquia.

TRUMB. Ya! Vos quereis un golpe que sea sonado!

LADY. Justo. Baron. Tocad al punto las campanas.

TRUMB. Yo? Eso es cuenta del sacristan.

LADY. Id, repito. Al mismo tiempo yo iré á que el buque en que la Princesa ha llegado dispare veinte y un cañonazos.

TRUMB. (Pues no quiere armar poco ruido esta muger!) Poco á poco, poco á poco. Bueno es reflexionar antes... porque... en fin, señora, la diplomacia es lo primero.

LADY. Nada! Aqui el mérito ha de estar en repicar fuerte y en que estalle la pólvora!

TRUMB. Sí, pero...

LADY. Qué es eso? Dudais? Señor Baron de Rebigul... Sabed sostener vuestro título.

TRUMB. Sí, pero tambien es bueno sostener la cabeza. Y... en fin. Si fuera á salirnos caro el repique...

LADY. Nada temais. Un solo Sherif á dos millas de aqui, que ademas como médico está siempre visitando las aldeas vecinas. Perded cuidado. Quién ha de haberse tomado el trabajo de avisarle expresamente?

TRUMB. (*Dando de pronto un grito.*) Ah!

LADY. Qué es eso?

TRUMB. (Y yo que le he enviado un aviso con mi sobrino... Buena la he hecho!)

LADY. Ya veis que nadie puede habernos denunciado.

TRUMB. Si! Eso digo yo... (Y cómo evito ya que mi carta...)

LADY. Y aun cuando asi fuera, triunfariamos, y el miserable seria ahorcado!

TRUMB. Santa Maria! Santa Dei genitrix!

LADY. Pero qué os pasa?

ESCENA X.

DICHOS. MARCELO, *corriendo.*

MARCELO. Señor Trumbell! Señor Trumbell!

TRUMB. Ah! Dime pronto... al instante.

MARCELO. Buena carrera me habeis hecho dar.

TRUMB. Omite descripciones. Al asunto! Qué traes?

MARCELO. Vuestra carta, que os devuelvo! (*Se la da.*)

TRUMB. (*Guardándola.*) Oh! Me salvé. Viva el Rey!

MARCELO. Pero decidme...

TRUMB. Y caiga el que caiga!

LADY. Pero que arrebato es ese?

TRUMB. Ya dí el grito!

MRRCELO. El grito?

TRUMB. Sí! Ya la armé!

LADY. Contadme siquiera...

TRUMB. Mas tarde. Básteos saber... En fin. Ya la cosa va tomando color. El cielo se declara por la buena causa.

MARCELO. Pero vos que erais republic...

TRUMB. (*Gritando.*) Mentira! Yo hacia que lo era, pero en el fondo... en el fondo... Haced que disparen los cañones! Qué suenen fuerte! Oís? Mientras mas fuerte mejor! Asi darán mas miedo á los enemigos!

LADY. Teneis razon.

TRUMB. Yo voy á repicar las campanas! Oh! que gran revolucion... lan! lan! Pon! Risss. A ver? Ponte tú al instante sobre las armas!

MARCELO. Yo? Para qué?

LADY. Sí, sí, es preciso que se reunan los buenos partidarios! Que se distribuyan armas á todos! Yo tengo dos mosquetes, uno de ellos inútil.

TRUMB. Ese es el mio! Prefiero asustar sin hacer daño á nadie! Coje tú mi carabina! Entra ahí por ella.

MARCELO. Corriente. (*Entra, y sale en seguida con una carabina.*)

TRUMB. Y al primero que se...

MARCELO. Si, pero...

TRUMB. No está cargada, no te asustes.

LADY. Y en seguida ponte de centinela á esa puerta. Tu consigna es permanecer aqui. Presentar las armas á la Princesa. No dejar entrar á nadie sin su órden ó sin la mia... Y... sobre todo no abandonar tu puesto... ó de lo contrario serás llevado ante un consejo de guerra! Presenten arm! Brabo!

TRUMB. Ah! valiente!

LADY. Voy á avisar á los nobles á que vengan á saludar á la Princesa... y en seguida á dar la órden para el fuego.

TRUMB. Ah! Y á quién van á tirar los cañones?

LADY. Al aire!

TRUMB. Aja! Pues que no haya piedad!

LADY. Oh! Nuestro será el triunfo!

TRUMB. Sí. Nuestro!... (Como que nadie lo disputa!) No! Pues voy sintiendo asi, ciertos humos belicosos... Y cierta ansiedad... Ah! Ya caigo! Es que no he almorzado aun! No importa! (*Mirando de lejos á Marcelo que está de centinela á la puerta de la derecha.*) Hénos aqui próximos á grandes acontecimientos...

MARCELO. De veras? (*Viene adonde está Trumbell.*)

TRUMB. No dejes tu puesto. (*Llevándole á la puerta.*) Sí, amigo mio. (*Desde lejos.*) Yo mismo, yo, he visto á la Princesa de Portugal, á la esposa del Rey Cárlos II... Y aqui, nada menos que sentada en esa silla...

MARCELO. Diantre! Yo me alegraria tambien de verla.

TRUMB. Ya la verás, ya la verás! Está ahí, en ese cuarto, en su tocador... Y con Simona, á quien ha nombrado su dama de honor.

MARCELO. No es posible! (*Viene corriendo al lado de Trumbell.*)

TRUMB. (*Volviéndole á llevar hasta la puerta.*) No dejes tu puesto. (*Lejos.*) Y yo... mírame bien.

MARCELO. Ya os veo.

TRUMB. Pero bien?

MARCELO. Toma. Como yo veo siempre.

TRUMB. Pues asi como me ves... he sido nombrado... Baron de Beringul.

MARCELO. Vos?

TRUMB. De Beringul.

MARCELO. De Beringul? Y qué baronia es esa?

TRUMB. No lo sé! Pero ya me lo dirán.

MARCELO. Estoy absorto!

TRUMB. Y yo. Pero... nada! No por eso me he vuelto vanidoso ni... (*Paseando con fatuidad.*) lo mismo te hablo á tí y te... Ah! á propósito: tengo que darte una mala noticia. Ya no puedes casarte con mi sobrina.

MARCELO. Cómo! Por qué?

TRUMB. Porque la Princesa no quiere.

MARCELO. Por qué razon?

TRUMB. Toma. La razon de nuestro rango y de la humildad del tuyo. Hombre, tú no comprendes las conveniencias...

MARCELO. Vuestro rango! Vos!... Un puritano partidario acérrimo de la igualdad!

TRUMB. Bien. Y qué? Por lo mismo. Yo quiero que todo el mundo sea rico y gran señor. Esa es mi igualdad. La tuya no es de este género.

MARCELO. Pues bien! No me importa. Yo os declaro... (*Vuelve á venir al lado de Trumbell.*)

TRUMB. (*Lo vuelve á llevar á la puerta.*) No dejes tu puesto!

MARCELO. Eh! Idos al diablo con mi puesto! Voto á!... Cuando pienso que ni en Francia ni en Inglaterra me quieren por marido porque soy pobre...

TRUMB. Vamos, vamos, hombre. No te desconsueles! La Princesa tiene un escelente corazon; y si tú le suplicas que te haga... poco. Marqués... cualquier cosa por el estilo... estoy seguro...

MARCELO. Sí? Pues quizás me atreva á pedir...

TRUMB. Entonces ya eres igual á nosotros y te casas con Simona... No dejes tu puesto.

MARCELO. Ah, señor Trumbell, sois un buen amigo y os doy un millon de gracias.

TRUMB. Yo soy por el contrario quien debe dártelas por el viaje que has hecho hace poco y la carta que felizmente me has traido.

MARCELO. Bah! No hay de qué, señor Trumbell. Cuando volví, como me mandásteis, á casa del Sherif, su ama de llaves no queria devolverme la carta. Pero yo le dije: no hay remedio, el señor Trumbell quiere recogerla y me la he de llevar: ó sino...

TRUMB. Bravísimo.

MARCELO. No os enfadeis, me respondió la vieja, os la daré: precisamente el señor Sherif la metió hace poco en el cajon de su mesa y...

TRUMB. Eh? El Sherif!... Luego el herif habia vuelto á su casa?

MARCELO. Sí. Pero cuando llegué no estaba.

TRUMB. Y habrá leido mi carta quizá!

MARCELO. Creo que sí.

TRUMB. Ay!... Ay!... Vírgen del Cármen... A que no doy (*Registrándose los bolsillos.*) con ella? Mis manos han perdido el tacto... Oh! Qué miro! La carta abierta!... la ha leido!...

MARCELO. Mejor!

TRUMB. Dice mejor el imbécil!... Muerto soy!

MARCELO. Toma. Pues no la escribisteis para que la leyera?

TRUMB. No. Es decir... si. O lo que es mas claro... la... Y yo que he dado el grito! Ah, Trumbell! Te has delatado á tí mismo! Ah! bestia! Ah cernícalo!

MARCELO. Quién?

TRUMB. (*Con fuerza.*) Tú.

MARCELO. Cómo yo?

TRUMB. No, no: perdona; no sé lo que me digo!... Marcelo, amigo. Ven... No oyes, hombre?

MARCELO. No puedo. Estoy en mi puesto.

TRUMB. En su puesto! Solo esto me faltaba!... Misericordia! (*Repique y cañonazos dentro.*) Ya la armó la vieja! Y no se ha contentado con la artilleria! Tambien se apoderó de las campanas y hasta de un tambor! Aprieta! Pues es flojo el escarceo! Uf! Qué estoy mirando!

ESCENA XI.

DICHOS: *las puertas del fondo se abren.* LADY PEKINBROOK *sale seguida de varias damas y caballeros.*

LADY. Adelante! Saludemos á nuestro monarca en la persona de su augusta consorte! El himno inglés, señores! El himno real de Inglaterra.

TRUMB. Ya me veo ahorcado! (*Cayendo en una silla.*)

CANTO.

LADY.
Al Rey magnánimo
salud y gloria.
Dios salve al Rey!
El lauro cíñale
de la victoria
y lance al réprobo
del sólio inglés.

CORO.
Al Rey magnánimo
salud y gloria.
Dios salve al Rey!

ESCENA XII.

DICHOS, SIMONA, EL CONDE, RUFINA. MARCELO *presenta las armas.*

CONDE. Señor baron. Guiad á la sala inmediata, donde ha de verificarse la presentacion oficial.

MARCELO. Santo Dios! (*Viendo á Rufina.*)

RUFINA. Marcelo. (*Vánse todos menos Marcelo.*)

ESCENA XIII.

MARCELO *solo.*

MARCELO. Es una vision?... Rufina!... Bah! Yo estoy loco: yo debo estar soñando. Cómo ha de ser ella! Cómo todos esos señores habian de inclinarse al verla, habrian de equivocarse hasta el punto de creer que era la Princesa!... Y sin embargo... Ese oficial portugués... Dios mio!... Yo que he tratado á Rufina solo dos meses; seria en efecto... Aquella ambicion que á pesar suyo demostraba siempre... aquella reserva en no darme la palabra de ser mi esposa... Seria la Princesa disfrazada?... Vamos, vamos .. yo deliro. Mis ojos creen encontrarla en todas partes, y hé ahí sin duda la causa de esta ilusion.

RUFINA. (*Dentro.*) Bien, Milady, bien.

MARCELO. Ah! Hasta la misma voz! (*Se vuelve á poner de centinela.*)

RUFINA. Mientras con el Conde y los demas adoptais esas resoluciones, yo prefiero quedarme aqui sola. Necesito meditar. (*Sale.*)

MARCELO. (La misma cara! El mismo talle!)

RUFINA. (*Aparte.*) Pobre Marcelo! Temiendo estaba que su sorpresa lo hubiese echado todo á perder. Calle! Y está de centinela! A la puerta de mi cuarto! La entrevista empieza á ser curiosa. Veamos.

MARCELO. (*Ap.*) Dios mio! Es ella, ó no es ella? Sacadme de esta duda!

DUO.

(*Inmóvil y mirando á Rufina.*)
MARCELO. (De asombro en mí no vuelvo!
Turbado estoy! Qué haré?)
RUFINA. (Vacila!)
MARCELO. (Yo deliro!
Ah! no, no puede ser.)
(*Paseando como un centinela.*)
Centinela
vela, vela:

tu consigna
cumple fiel.
Tente firme
centinela;
vela, vela,
vela pues. (*Se para y la mira.*)

RUFINA. (La duda le atormenta!)

MARCELO. Me mira!

RUFINA. (Le hablaré?
mas no.) (*Va á hablarle, y se detiene.*)

MARCELO. (Valor! yo avanzo!)
(*Se va acercando de lado.*)

RUFINA. (Ya viene!)

MARCELO. Es ella! (*Con alegría.*)

RUFINA. Qué? (*Con sequedad.*)

MARCELO. Centinela, etc. (*Vuelve á pasear como antes.*)
Ay, corazon, qué sufres
al verla aqui?
Por qué si no es Rufina
lates asi?
Dímelo, dí.
Por qué, corazon mio,
lates asi?

RUFINA. Ay corazon! no quieras
que sufra asi
el corazon que amante
late por mí.
Díselo asi.
Dile que es su Rufina
la que está aqui.
(Si yo le animára...)

MARCELO. (Si yo me atreviera...)

RUFINA. (Probemos.)

MARCELO. (Veamos.) (*Se acercan el uno al otro.*)
Ay Dios! Ya estoy cerca!
Daré otro pasito! (*Se quedan juntos.*)

RUFINA. Quién vá? (*Volviéndose.*)

MARCELO. Centinela, etc. (*Gira como antes.*)

RUFINA. Tened, oid.
Qué tiene el soldado,
que inquieto, agitado,
mirándome está?

MARCELO. Que de una perjura
el aire y figura
en vos pensé hallar.
RUFINA. Insolente!
MARCELO. (Soy perdido!)
RUFINA. Cómo osásteis?...
MARCELO. Perdonad.
Como vos es ella hermosa.
RUFINA. Eso al fin es otra cosa.
MARCELO. Yo la adoro.
RUFINA. Mucho?
MARCELO. Mucho.
RUFINA. Quereis verla?
MARCELO. No. Jamás!
RUFINA. Y si á vos se presentára?
MARCELO. Qué decís?
RUFINA. Si constancia aqui os jurára?...
MARCELO. Cómo aqui? (*Mirándola.*)
RUFINA. Si la mano os ofreciera?...
MARCELO. Qué decís? (*Agitado.*)
RUFINA. Si yo en fin Rufina fuera!
MARCELO. Tú eres, sí! (*Cayendo á sus piés.*)
RUFINA. Levanta pues del suelo;
mis brazos te esperan!
No dudes, no, Marcelo,
de mi ardiente amor.
MARCELO. Yo sueño!... yo deliro!
Ya vuelvo á la vida!
Por mas que aqui la miro,
aun duda mi amor.

A UN TIEMPO.

No! No!
RUFINA. Soy yo, Marcelo mio;
soy yo, mi bien!
La dicha nos sonrie;
ven á mis brazos, ven!
MARCELO. Es ella! Es mi Rufina!
Ah, sí!... Mi bien!
La dicha nos sonrie;
ven á mis brazos, ven.

HABLADO.

MARCELO. Con que eres tú! Tú, Rufina! Pero qué misterio es este?
RUFINA. Silencio. Ya lo sabrás todo. Piensa que de este secreto depende nuestro porvenir, nuestra fortuna... y nuestra boda.
MARCELO. Oh! Ya no volverás á separarte de mí, Rufina. Rufina (*De rodillas.*) mia! No me levanto hasta que me prometas...

ESCENA XIV.

DICHOS, LADY, EL CONDE, TRUMBELL, CABALLEROS, *etc.*

TRUMB. Qué veo!
MARCELO. Ah!
RUFINA. No te levantes. (*Vivo y bajo*)
CONDE. (Maldito sea!)
RUFINA. Sí, señores, sí...
CONDE. (Dios ponga tiento en su boca!)
MARCELO. Me levanto ya? (*Bajo á Rufina.*)
RUFINA. No. (*Vivamente y bajo.*) Este jóven me ha venido á pedir de rodillas una gracia.
CONDE. (Respiro!)
RUFINA. Y yo se la concedo muy gustosa.
TRUMB. (A que lo ha hecho baron tambien.)
MARCELO. Señora... (*Levantándose.*)
TRUMB. (Eres baron?) (*A Marcelo*)
MARCELO. Cómo que si soy...
TRUMB. Entiéndeme, hombre!
MARCELO. Básteos saber que soy feliz.
TRUMB. Feliz! algo oscuro es eso.
LADY. Con que os habeis dignado agraciar á ese jóven con... algun título.
TRUMB. Baron, por ejemplo.
RUFINA. Marqués!
TRUMB. (Cáspita! Pues ya es mas que yo.)
SIMONA. Es decir entonces, que ya no habrá inconveniente en que se case conmigo?
RUFINA. (Cielos!)
TRUMB. Cabal! Tuya es su mano, Marcelo. Y con real permiso.

RUFINA. (Desbaratad esa boda ó lo declaro todo.) (*Al Conde aparte. Rumor dentro.*)
LADY. Qué rumor es ese?
TRUMB. Con efecto!.. Dios mio! Soldados!
TRUMB. Bien me lo temí! Ya llegó lo crítico.—Estamos perdidos!
RUFINA. (Ay! Qué van á hacer conmigo!)
CONDE. (Tranquilizaos. Esto conviene.)
RUFINA. (Poco á poco, yo hago dimision.)
CONDE. (Silencio!)
LADY. Señores. No hay que vacilar. Seamos los primeros en salir al encuentro de esos traidores!
TODOS. Sí, sí.
(*Se lanzan á la puerta del fondo. Aparece en ella el Sherif seguido de soldados.*)

ESCENA XV.

DICHOS, EL SHERIF, *soldados.*

SHERIF. Alto.

FINAL MÚSICO.

En nombre del parlamento
á todos detengo aqui.
TODOS. (En nombre del parlamento
á todos detiene aqui!)
TRUMB. (Dios nos ampare.)
RUFINA. (Pobre de mí!)
CONDE. (Mejor se afirma
mi intento asi.)
LADY. Defender nuestra vida sabremos
con noble valor!
CORO. Con noble valor!
TRUMB. (Menos yo.)
LADY. Como nobles, aqui moriremos
con gloria y honor!
CORO. Con gloria y honor!
LADY Y CAB. Ah! no temais, señora, (*A Rufina.*)
al punto vencedora
de aqui vuestros amigos
sacaros lograrán.

TODOS *á un tiempo.*

RUFINA. (Mi voz embarga el miedo!
ni respirar ya puedo!
De aqueste duro trance,
ay cielos! qué saldrá!)

TRUMB. (Si Dios no lo remedia
aqui va á haber tragedia!
Los unos y los otros
bramando de ira estan!)

CONDE. (Aqui evitar un lance
conviene á todo trance;
salvando del peligro
su noble lealtad!)

MAR. LAD. CAB. Ah! no temais, señora, etc.

SHERIF. Castigo mis soldados
darán á los que osados
resistan de las leyes
la santa autoridad.
Dígnese escucharme
Vuestra Alteza Real. (*A Rufina.*)

CONDE. Fuerza es someternos (*A los caballeros.*)
á su voluntad.

LADY. Cómo!

CONDE. Medios quedan... (*Bajo á Lady.*)
No temais, callad.

SHERIF. De Brigton al castillo (*A Rufina y el Conde.*)
seguidme entrambos.

TODOS. Ah!

RUFINA. No, no. Ya es necesario
deciros la verdad.

SHERIF. Y bien!

RUFINA. No soy Princesa.

TODOS. Qué dice!

RUFINA. Preguntad
al Conde aqui presente.

CONDE. Si Vuestra Alteza Real
me manda que lo niegue...

RUFINA. Qué escucho! (*Con ira.*)

SHERIF. Basta ya
seguidme. (*A Rufina y al Conde.*).

MARCELO. (Se la llevan!)

RUFINA. (Me prenden!)

LADY. CAB. No. Jamás! (*Van á tirar de las espadas: el Conde los detiene.*)

CONDE. Su Alteza os lo prohibe.
Dejadnos pues marchar.
Asi por hoy conviene. (*Bajo á los caballeros.*)

RUFINA. Señor!

CONDE. Partamos ya.
(*El Sherif y soldados se llevan á Rufina y al Conde. Trumbell y Simona los siguen. Lady baja al proscenio diciendo.*)

LADY. Venganza!

TODOS. Sí. Venganza!

MARCELO. Al punto! Sin tardar!

LADY. Esta noche forzando las puertas
de su horrible y oscura prision,
á Su Alteza salvar lograremos...
A las armas!... Amigos! valor!

TODOS. A las armas! Forcemos las puertas
de su horrible y oscura prision.
A Su Alteza salvar hoy debemos!
A las armas!... amigos, valor.
(*Todos se dirigen al fondo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una cámara real ricamente adornada. Alcoba en el fondo con cortinas de terciopelo. Puerta á la derecha y ventana á la izquierda con cortinas de lo mismo. Puertas á derecha é izquierda de la alcoba.

ESCENA PRIMERA.

Música al levantarse el telon.

RUFINA. *Está sentada en un sofá cabizbaja y pensativa: á poco se levanta y dice:*

CANTO.

En triste solitaria
cautividad,
me roban desde anoche
mi libertad!
Mas me valiera
no haber dejado
mi humilde esfera,
mi dueño amado.
Cuándo bien mio

libre seré,
cuándo á tus brazos
yo volveré! (*En este momento se oye la voz de Marcelo por dentro y del lado de la ventana.*)

MARCELO. (*Dentro.*) No temas, no.
mi dulce bien.
Valor!

RUFINA. Gran Dios! } (*Al mismo tiempo.*)
MARCELO. Valor! }
Que vela mi amor!
Valor!

RUFINA. Salvarte sabré. } (*Al mismo tiempo.*)
Es él! }
Dó estás, Marcelo mio,
ven á mi voz.
Tan solo en tí ya fia
mi corazon.
La que ambiciosa
te desdeñaba,
la que grandezas
necia soñaba,
libre tan solo
ya quiere ser.
Solo en tus brazos
halla el placer.

MARCELO. (*Dentro.*) RUFINA.
No temas, no;
mi dulce bien.
Valor! Es él!
Valor! Mi amor!
Que vela mi amor!
Valor! Ay Dios!
Salvarte sabré! Es él!
(*Cesa la música.*)

RUFINA. Sí, el es! Marcelo! Pero dónde?... Ah! (*Corre á la ventana.*) No veo á nadie! Oh! Vana esperanza. Por mas que el pobre discurra, no hallará medio alguno de sacarme de este sombrio castillo! Pero señor!... qué v á ser de mí? Y esos condenados, mientras mas les grito... «Que yo no soy Princesa.» Erre que erre en que lo he de ser! Con eso y con que despues de tantos peligros no me dé el conde las sesenta mil libras...

ESCENA II.

RUFINA, EL CONDE.

CONDE. Mil gracias por la confianza que en mí tienes.

RUFINA. Ah! Perdonadme, señor. Dios sabe que no ha sido mí ánimo el ofenderos!

CONDE. Ni el mio olvidarme de la recompensa que tan justamente mereces.

RUFINA. Ay! Yo no sé lo que merezco, pero lo que sí puedo deciros es, que si no me sacan de aqui, me voy á morir de pena y de fastidio!

CONDE. De fastidio! Por qué? No te ves tratada con todos los miramientos debidos á tu rango?

RUFINA. Sí; pero el rango es lo que mas me aburre.

CONDE. Bah! por de pronto, te hallas instalada en el antiguo castillo real de Brigton.

RUFINA. Sí. Un castillo mas negro que la noche, y del cual no podemos salir.

CONDE. Salir! Para qué? Aquí tienes magníficos muebles, habitaciones ricamente adornadas...

RUFINA. Linda cosa para quien está prisionera!

CONDE. Y tienes ademas servidores prontos á ejecutar tus órdenes.

RUFINA. Si: escepto la órden de dejarme marchar.

CONDE. Luego te servirán una mesa espléndida... Eh? Creo que esto último no te desagrada.

RUFINA. De modo es... Pero tambien me aburre el comer sola. Asi tengo menos apetito.

CONDE. Tu dignidad lo exige.

RUFINA. Ay! Ya estoy deseando que se acabe mi dignidad! Decidme, señor Conde, qué va á ser de nosotros?

CONDE. Lo ignoro. Encerrado como tú en este castillo, no tengo noticias... Todo lo que hasta ahora he podido averiguar, es que las autoridades de Brigton están en la mayor incertidumbre: que no saben qué hacer de nosotros, y esperan órdenes superiores, cuya tardanza les inquieta demasiado.

RUFINA. Pues que se las arreglen como puedan. Lo que es yo no aguardo mas, y hoy mismo abdico.

CONDE. Sí, eh? Crees que eso te es ya fácil? Por mas que les

digas quién eres, nadie te creerá, y no te queda otro remedio que seguir por ahora representando tu papel.

RUFINA. Pero esto es horrible!—Y vos que me habeis comprometido de este modo...

CONDE. Silencio! Alguien viene. ¿Quién sabe si habrá ocurrido algo de nuevo.

ESCENA III.

DICHOS, TRUMBELL.

CONDE. (*Viéndole entrar.*) Ah! es nuestro fiel servidor. Nuestro amigo: nuestro aliado el Baron Trumbell de Beringul!

TRUMB. Chiss! Ya no soy noble!

CONDE. (*Riendo.*) No?

TRUMB. Soy presbiteriano.—Puritano.—Cabeza redonda! Soy del partido rabioso!

CONDE. Vos?

TRUMB. Yo. Para salvaros... y á mí tambien.

CONDE. Explicaos.

TRUMB. Digo que en vista de mi antigua reputacion política, me han nombrado presidente del comité que se ha instalado esta mañana, y que ha celebrado ya tres sesiones importantísimas.

TRUMR. Sí? Y qué se ha decidido?

TRUMB. ..... Nada!—Todo se ha vuelto proponer y mas proponer: pegar puñetazos sobre las mesas y gritar á quien mas puede. Mis antiguos compañeros, soldados de Cromwell, tienen tan mal tono!.. Sobre todo para mí, acostumbrado ya á las maneras de la córte... Esos condenados no hablan mas que de calabozos! de...

RUFINA. Ay, Dios mio!

TRUMB. La cancion de antes!.. Pero, por mas que han gritado... «Mueran los tiranos! Vivan... nosotros!»—Nada! Nadie les responde. Nadie les dice sí, ni no... y esto los ha puesto en cuidado. Asi pues, y en tanto llegan instrucciones de Lóndres, han decidido que sufrais un interrogatorio.

CONDE. Eso es muy natural.

TOUMB. Sí, pero el caso está en que, como presidente que soy del comité, me han nombrado á mí para que os inter-

rogue. Ved qué apuro!—Ahora os pregunto yo... qué es lo que yo os de preguntar... y qué es lo que vais á responderme.

CONDE. Ya veremos cuando llegue el caso.

TRUMB. Es que ya ha llegado. Que van á venir para conduuciros ante el comité, y que yo apresurándome á daros aviso...

CONDE. Mil gracias, Baron.

TRUMB. Dále! Quereis hacerme el favor de dejar á un lado el título? Tratadme por Dios con confianza!

CONDE. Qué temeis? Vos, puritano; cabeza redonda...

TRUMB. Sí. Yo he sido cabeza redonda, es cierto; pero nunca fuí cabeza segura, y .. (*Viendo soldados en el fondo.*) Chisss! Hélos aqui! (*Tose.*) Ejem! Ejem! (*Separándose del Conde y hablando con los soldados.*) A ver! Conducid á ese traidor! (*Cerca y bajo al Conde.*) (Perdonad.) (*Alto.*) Vivo!

CONDE. (*Riendo.*) Cuando gusteis.

TRUMB. Ya estoy gustando, aristócrata! (Soy su mas fiel servidor y ami...) Partid.

CONDE. Marchemos! (*Se va con los soldados.*)

RUFINA. Cómo! Y yo?..

TRUMB. Señora... no temais... yo os prometo salvaros.

RUFINA. (*Contenta.*) Sí? de veras?

TRUMB. Dentro de poco... os vereis libre! (*Se vá.*)

RUFINA. Libre! Ah qué placer.

COPLAS.

Muy pronto libre,
mi Marcelo,
fiel al lado tuyo
me verás volver,
y de tu pecho
los temores
en dichosa calma
cambiará mi fé.
No temas, no,
mi dulce bien,
ya mi esper anza
recobré.
Muy pronto libre, etc.

Ya la fortuna
me sonrie,
ya dichosa y rica
voy al fin á ser.
De seda y oro
engalanada,
como una marquesa
en carroza iré.
Jesus, qué tono
me daré!
Y cuánta envidia
causaré!
Ya la fortuna
me sonrie, etc.

ESCENA V.

RUFINA, TRUMBELL.

TRUMB. Señora!—Os pido mil y mil... Pero como mis funciones de magistrado civil no me impiden el ejercer las de cocinero y repostero, vengo á saber si V. M. quiere que le sirvan la comida.

RUFINA. Yo?

TRUMR. Asi ocupará por algunos instantes su imaginacion... y voy...

RUFINA. Un momento.

TRUMB. Sea. Pero el pudign se va á enfriar, y eso me colocaria como cocinero en una posicion desventajosa.

RUFINA. Que se enfrie!

TRUMB. Obedezco.

RUFINA. Decidme. Supongo que Marcelo y vuestra sobrina no se habrán casado aun!

TRUMB. Todavia no. Los acontecimientos políticos han suspendido ese matrimonio... y por otra parte, el novio no quiere que le hablen siquiera de semejante union.

RUFINA. Está bien. Y vuestra sobrina?

TRUMB. Mi sobrina? Siempre dispuesta á casarse con él ó con otro. La pobre chica tiene un corazon!...

RUFINA. Podria yo verla?

TRUMB. Imposible!

RUFINA. Cómo! Con que no me permiten recibir á nadie?

TRUMB. Sí tal. El comité ha decidido que las primeras señoras de este pueblo vengan á servir á V. A. Asi, pues, pronto vereis á la condesa de Winserter, á la de Arundel, á Lady Pekinbrook.

RUFINA. Tambien? Pues ya no me falta nada.

TRUMB. (*Alto.*) La comida de S. M.

RUFINA. La comida?

TRUMB. Sí, señora: y con ese motivo os anuncio esas damas... y un pavo con trufas.

RUFINA. Trufas?—Gracias, Trumbell, gracias.

TRUMB. Oh! Qué no hará mi celo y mi... Ahí está el pavo!

ESCENA VI.

DICHOS: LADY, PEKINBROOK, *algunas señoras. Criados que traen una mesa parada con un solo cubierto. Trumbell se pone á arreglar los platos, etc.*

RUFINA. (Qué fastidio! Comer sola y mirándola á una toda esta gente! Jesus! Yo no puedo comer cuando me estan mirando!) (*Se sienta á la mesa.*)

LADY. (*Disponiéndose á servir á Rufina.*) Os serviré este asado...

RUFINA. No.

LADY. Y este faisan?...

RUFINA. Tampoco.

TRUMB. Si el pavo mereciese el honor de ser preferido...

RUFINA. Enhorabuena.

TRUMB. Voy á trincharlo.

RUFINA. (La verdad es que me falta el apetito! Ay! No me sucedia lo mismo cuando yo era modista!) (*Ve á Marcelo que trae un plato y lo coloca sobre la mesa, y exclama vivamente levantándose.*) Ah!

TRUMB. Qué! Habeis ya concluido de... Que se lleven la mesa!

RUFINA. Si no he comenzado!

TRUMB. Que no se la lleven! (*Los criados ejecutan las órdenes de Trumbell.*) Perdonad, señora. (*Rufina se sienta.*)

RUFINA. Qué es esto? (*Señalando un plato.*)

TBUMB. Un fricandó...

RUFINA. Quitaos de enmedio! (*Trumbell dá una vuelta y se co-*

loca detrás de Rufina, la que dice mirando á Marcelo.) (Pobrecillo! Qué triste está! (*Comiendo con ira.*) Oh! Cuando pienso que le veo y que no puedo abrir la boca...)

TRUMB. (Ella no tenia gana, pero á lo que veo...)

LADY. (Con cuánta pena está comiendo!) (*A Trumbell, que le contesta aparte.*)

TRUMB. (Con mucha! Pero come bien!)

MARCELO. (*Ap. á Lady Pekinbrook.*) Acaba de llegar un hombre disfrazado, trayendo para el señor conde de Elvas un mensaje importante, y que concierne á la Princesa. No sabia cómo hacerlo llegar á sus manos, y yo me he encargado... Hélo aqui.

RUFINA. Ay... (*Suspira mirando á Marcelo.*)

TRUMB. Qué tiene vuestra alteza?

RUFINA. Quitaos de enmedio!

LADY. (*Bajo á Marcelo.*) Bien, bien: retírate!

RUFINA. Se vá! (*Viendo que Marcelo se vá, se levanta de pronto.*)

TRUMB. Eh? Qué es eso?

RUFINA. Que no tengo mas gana.

TRUMB. Que se lleven la mesa!

RUFINA. Quiero comer sola.

TRUMB. Que no se la lleven!

LADY. Y que todos se retiren. Vos, el primero.

TRUMB. Obedezco. (*Lady hace señas á Rufina.*)

RUFINA. (Qué señajos son esos?)

TRUMB. (*Bajo á Lady.*) (Hay alguna novedad?)

LADY. Sí. Que os vayais.

TRUMB. Bueno! Pues que no se trasluzca.

LADY. El qué?

TRUMB. El que os dejo hablar á solas...

LADY. Bien está!

TRUMB. Señora... (*A Rufina.*) Tengo el honor... (*Se vá.*)

ESCENA VII.

LADY PEKINBROOK, RUFINA, TRUMBELL, EL SHERIF, SOLDADOS.

LADY. (*Con misterio.*) Señora! Señora!

RUFINA. Qué es eso? Qué teneis?

LADY. Una carta que Marcelo...

RUFINA. De Marcelo? Dádmela pronto! (*Se la dá, y Rufina la abre: sale el Sherif, deteniendo en el fondo á Trumbell y diciéndole en voz baja.*)

SHERIF. (Dónde vais?)

TRUMB. Uf! Iba... al comité, á salvar la patria.

SHERIF. Quedaos.

TRUMB. Sí, pero...

SHERIF. Os lo mando.

LADY. (*Viéndole.*) Cielos! Guardad esa carta!

SHERIF. Es inútil.

RUFINA. }
LADY. } Ah!

TRUMB. (*Aparte.*) (Adios mi dinero!)

SHERIF. Permitidme... (*Cogiéndola de manos de Rufina.*)

RUFINA. Cómo!

SHERIF. No está en inglés!

TRUMB. No? (Pues anda: leéla si puedes.)

SHERIF. Esto es español ó portugués!... Espero, señora, que os dignareis explicarme el contenido de esta carta.

RUFINA. Caballero. Vos no me conoceis bastante, cuando me exigis semejante cosa.

SHERIF. Pensad, señora, que vuestra obstinacion puede comprometeros á vos y á vuestros partidarios.

LADY. (Ay, señora, leed... Este animal es capaz de cualquier desafuero!)

RUFINA. Yo leer esa carta!... Esa carta en portugués! Jamás!

LADY. }
TRUMB. } Jamás!
SHERIF. }

RUFINA. Pero permitiré que el Conde de Elvas la lea: es lo único que de mí conseguireis.

SHERIF. Entonces... voy yo mismo á buscar al Conde. (*A los soldados.*) Alejad de aqui á esta muger!

LADY. Cómo muger? Yo soy Lady Arabela Sofia de Pekinbrook, dama de...

SHERIF. Silencio!

TRUMB. Silencio! (Hagamos que no sospechen...)

SHERIF. (*A Rufina.*) Y vos, señora, dignaos entrar en vuestra habitacion.

TRUMB. (*Siguiendo las palabras del Sherif.*) Habitacion!

LADY. Pero, señor Sherif...

TRUMB. Silencio digo!—Digo no, dice él...

SHERIF. Sí, sí. Alejaos.

LADY. (*Ap., yéndose.*) Ay, si llega la nuestra! (*Se vá.*)

RUFINA. (*Entrando por la derecha.*) Oh! Bueno será escuchar lo que intentan hacer. (*Se vá.*)

SKERIF. Trumbell!

TRUMB. Señor Sherif!

SHERIF. Velad...

TRUMB. Oh! (*Ponderando.*) Id tranquilo!

SHERIF. Cuidado con que...

TRUMB. Cá! Cuando yo... eh? Al primero que... en fin. Yo respondo.

SHERIF. Quedaos vosotros aqui hasta mi vuelta. Yo voy á disponer que la Princesa sea trasladada á una prision mas segura.

TRUMB. (Maldito seas!) Dios os guarde, señor Sherif! (*Se vá el Sherif.*) (Uf! Qué caras!) (*Mirando los soldados.*) Señores...

SOLDAD. Hola!

TRUMB. (Uf!) Me alegro tener el gusto... (*Se separa de ellos.*) (Cáspita! me dan miedo!) Seguidme, señores; voy á alojaros cómodamente.) (*Se vá con los soldados.*)

ESCENA VIII.

RUFINA *sale de su habitacion pálida y asustada.*

RUFINA. Estoy muerta de miedo! Van á conducirme á otra prision! Quizás á un calabozo! Es preciso escapar inmediatamente de este sitio, antes que... Y por dónde? Cómo? Si yo conociera las salidas de este palacio! (*Se oye ruido de cerrojos.*) Ah! Me encierran! Ya no hay remedio humano que pueda salvarme! Y estoy sola, sin una persona que venga á defenderme!... esta oscuridad aumenta mi terror! (*Se oyen golpes suaves en los vidrios del balcon.*) Ay! soy perdida! Ya están ahí!

ESCENA IX

RUFINA *y* MARCELO.

MARCELO. (*Fuera.*) Soy yo! Marcelo!

RUFINA. Marcelo! mi único amigo viene á socorrerme! (*Sale*

Marcelo y deja caer un lio que lleva en la mano.)

MARCELO. Sí: vengo á salvarte.

RUFINA. Gracias! gracias!

MARCELO. Aunque me cueste la piel. Ea! valor.

RUFINA. No es mucho el que tengo.

MARCELO. A decir verdad, yo tampoco. Ahí tienes un vestido pobre y sencillo; porque con esos ringorrangos será imposible escapar.

RUFINA. Dices bien: voy al instante... Pero... estando tú aqui... no me atrevo... (*Desde la puerta de la alcoba.*)

MARCELO. Sí: la ocasion es á propósito para andarse con melindres.

RUFINA. Tienes razon: pero no mires, eh?

MARCELO. En eso estoy pensando! (*Rufina entra en su alcoba y echa las cortinas.*)

RUFINA. Cuidado! (*Marcelo se acerca á todas las puertas y hace como que escucha.*)

MARCELO. Yo no sé si tendré valor para dar mi vida por una pérfida! Y sin embargo, esa es la intencion que me ha traido. Estamos ya?

RUFINA. Voy al instante.

MARCELO. Pero lo cierto es que ella está en peligro y que debo sarvarla. Ya me parece que oigo... no! aun no vienen! Rufina! Rufina!

RUFINA. Voy.

MARCELO. Huiremos: sí! Y luego... cuando estemos en salvo, ella me explicará este misterio. Yo necesito poco para que me convenza... y ella tiene un pico!... Rufina! de cualquier modo!

RUFINA. Ya concluyo! (*En este momento sale Trumbell, entreabriendo la puerta del fondo, azorado y mirando á todas partes.*)

TERCETO.

TRUMB. Esa gente está furiosa!
Ah! Marqués!

MARCELO. Señor Baron!

TRUMB. Todo tiemblo!

MARCELO. Yo tirito!

RUFINA. (*Saliendo.*) Ya estoy pronta!

TRUM. Santo Dios!

——

Su Alteza en hábito
pobre y ramplon!
Qué estraña y súbita
transformacion!

MARCELO. En fuga rápida,
señor baron,
la Reina escápase
por el balcon.

RUFINA. Entre esos bárbaros
sin corazon
hay una pérfida
conspiracion.

MARCELO. A huir, que azotan!

TRUMB. Quieto, esperad!

MARCELO. Salto de mata!

TRUMB. Salto mortal!

MARCELO. Silencio! Chito!
Voy á esplorar! (*Se asoma al balcon.*)
Hay centinelas!
mirad! mirad!

TRUMB. Ya no hay escape
nos van á asar!

RUFINA. Qué me ha valido
tanta quimera,
y haber salido
de costurera?
Con ira avanza
la turba ya!
Quién de esta danza
me sacará?

MARCELO. Con sus bramidos
ya el aire altera
de esos bandidos
la turba fiera.
Ya su venganza
rugiendo está!
No hay esperanza,
que vienen ya!

TRUMB. Tú lo has querido,
pobre tronera;
ya te ha cogido
la ratonera.

Con ira avanza
la turba ya!
Quién de esta danza
me sacará?

ESCENA X.

DICHOS. *Se dirigen á la puerta del fondo y salen por ella el* CONDE DE ELVAS, *rodeado de puritanos que traen la cabeza descubierta, y seguido de* LADY PEKINBROOK, *caballeros y damas, el* SHERIF *y soldados.*

CONDE. Deteneos! La causa del Rey ha triunfado! El Parlamento ha reconocido sus derechos: esto era lo que contenia el despacho importante que me han obligado á leer. El Rey Cárlos II, rodeado de su corte, y al lado de su esposa, entra en estos momentos en Lóndres.

TODOS. La Reina! (*Con extrañeza y mirando á Rufino.*)

PEKINB. No entiendo!

CONDE. La que teneis presente es Rufina Camusat, reina de las modistas.

TODOS. Ah!

RUFINA. Abdico al fin! Gracias á Dios!

MARCELO. (*Abrazándola.*) Asi es como yo te quiero!

PEKINB. Qué ultraje! Qué afrenta para la noble y antigua familia de los Pekinbrook.

TRUMB. Pues y los Beringuls?

CONDE. Señora, aunque sin saberlo, habeis prestado un gran servicio á Su Magestad, y yo os prometo que no lo ignorará!

RUFINA. Ahora respiro! Ahora... que no soy nada!

CONDE. Sí tal! eres rica: ahí tienes el dote prometido. (*Dándole una cartera.*)

RUFINA. Ay qué gusto! Mira, Marcelo: con esto voy á comprar un establecimiento acreditado... ó que yo acreditaré, y si, como no dudo, el señor Conde nos proporciona la parroquia de la familia real, pondré una gran muestra que diga en letras gordas: «La Reina de las modistas, modista de la Reina.»

FINAL.

TODOS. Viva la graciosa
bella modista,
viva el imperio
del tocador.
Esta nueva aurora
que nos sonrie,
tambien le anuncia
dicha y amor.

FIN DE LA ZARZUELA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 10 de Febrero de 1851.
Segun el informe evacuado por el Sr. Censor, puede representarse.

QUINTO.

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PROLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 48—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 142 á 144)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

MADRID

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.205
n.1-14